
HECHIZADA
POR EL
DRAGÓN
EMBERON | PRECUELA
HELEN MELCHIOR

HECHIZADA POR EL DRAGÓN

EMBERON | PRECUELA

HELEN MELCHIOR

Copyright © 2024 Helen Melchior

Hechizada por el Dragón

Portada: Giulia Designar

Maquetación: Helen Melchior

Ilustración: Nana_Desgner / Crislainy_arts

Imágenes: Canva



Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves en una reseña de libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos reales es pura coincidencia. Este libro contiene escenas explícitas de sexo, violencia y lenguaje fuerte. Su contenido no es recomendado para lectores menores de 18 años.

ÍNDICE

ÍNDICE
NOTA DE LA AUTORA
ENLACES IMPORTANTES
DEDICATORIA
SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

NOTA DE LA AUTORA

Antes de comenzar la lectura, quiero resaltar que este libro es uma reinterpretación inspirada em el cuento de La Bella Durmiente. Se trata de um MONSTER ROMANCE, entre um príncipe humano cuya descendencia fue maldita, convirtiéndose em um ser humanoide-DRAGÓN. Por este motivo, la historia es corta, ¡al tratarse de um cuento!

Pueden surgir algunas dudas sobre este nuevo mundo, y he decidido explicar más sobre él y sus habitantes a lo largo de otros libros, para no saturar al lector com demasiada información de golpe y evitar confusiones.

Em esta historia, no encontrarás a um humano relacionándose com uma humana. Pueden aparecer cuestionamientos del tipo "¿cómo hizo eso?", "¿cómo no lo lastimó?" o "eso no es posible", pero recuerda: esta es uma historia de FANTASÍA, creada para que tú puedas viajar com ella.

Dicho esto, si este es el tipo de libro que buscas, ¡DISFRUTA DE LA LECTURA!

ENLACES IMPORTANTES

Página de Amazon:

https://www.amazon.com.br/stores/Helen-Melchior/author/B0BYTRL55H?ref=ap_rdr&isDramIntegrated=true&shoppingPortalEnabled=true

Grupo de lectores:

https://chat.whatsapp.com/FMbgf7Oq7f9LgvmfKPdUmY

Instagram de la autora:

https://instagram.com/helen.melchiorr

DEDICATORIA

Dedico a ti, lector, que te atreves a sumergirte em las llamas de este romance; que encuentres fuego y pasión em estas páginas, así como um dragón maldito encuentra el amor. Recuerda, no toda maldición es uma sentencia, a veces, es solo el comienzo de algo mágico.

SINOPSIS

Aurora, la princesa de Parteam, se encuentra en el centro de una venganza y de una antigua magia, cuando Aron, un príncipe de linaje maldito desde hace siglos, exige su vida a cambio de las tierras que el rey, padre de Aurora, necesita. Cuando el rey de Parteam intenta engañarlo, Aron lanza un hechizo sobre Aurora, haciendo que sea entregada de una forma u otra. Llevada a la cueva donde se encuentra el castillo de Aron, Aurora descubre, en las sombras de su captor, no solo a un monstruo, sino secretos entrelazados que pueden unir o destruir sus linajes.

PRÓLOGO



Érase una vez, en las profundidades de un valle olvidado por el tiempo, un reino que antaño se alzaba majestuoso. En el corazón de ese reino, un amor prohibido nacía en secreto. El joven príncipe no amaba a su prometida, sino a una bruja. Sin embargo, no todo es como el corazón anhela. Por obediencia, dejó su amor y se casó con la princesa prometida. Con el tiempo, aprendió a amar a su esposa y, pronto, llegó el primer hijo.

Fruto de un amor forjado por el tiempo, el heredero creció sano y hermoso. En su décimo cumpleaños, la bruja, celosa y herida por haber sido olvidada, apareció. Lanzó un hechizo sobre el heredero: todo hijo varón sería maldito. Y así, el reino pasó a ser conocido como el Reino del Dragón. Décadas transcurrieron, y la familia real fue creciendo, aumentando la estirpe maldita. Temida por su crueldad implacable, gobernaba con garras de hierro: la realeza más temida entre todos los reinos del sur, una espina clavada en la tierra fértil que emanaba poder y terror.

Pero el reinado se quebró cuando los reinos vecinos, cansados del terror que se extendía como una plaga, se unieron en un pacto de sangre, guiados por el rey del Reino de Parteam. Libraron una guerra brutal, una tormenta de acero y fuego. Cuando el polvo se asentó, toda la estirpe real yacía muerta, excepto uno: el príncipe. Portador de la maldición ancestral que palpitaba en sus

venas como un corazón envenenado, el heredero del rey —el heredero del legado— había sobrevivido.

Exiliado en la montaña de Asper, un pico que desgarraba el cielo como un lamento silencioso, vio sus tierras ser tomadas, sus riquezas saqueadas y a su pueblo disperso por los vientos de la conquista. Solo le quedaba el lado oriental, una tierra de sombras y neblinas, donde las montañas ocultaban secretos tan antiguos como el propio miedo. Allí, entre los ecos de un trono perdido, el príncipe juró venganza contra la sangre que le había arrebatado todo. Mientras la maldición susurraba promesas de poder en las profundidades de su alma atormentada, esperó, durante siglos, hasta que…

CAPÍTULO 1



Aron

—Le ruego, Dragón. Ruego por mi pueblo. Ya no tienen dónde sembrar, las tierras están estériles. Mi gente se marchita a cada instante.

Escucho al rey de Parteam, su voz quebrada por la desesperación, implorar de rodillas, con la cabeza gacha —un gesto de sumisión y respeto. Me levanto de mi trono de piedra. El grave sonido del arrastre de mis alas y el retumbar de mi cola golpeando el suelo resuenan en la caverna. Mi forma humanoide, aunque menos imponente, carga la gracia de un depredador… y eso lo aterra aún más.

—Mi pueblo pereció hace siglos, víctima de su antiguo rey. Su sangre corre por sus venas. —Mi voz es un susurro sereno, pero cargado de una amenaza velada.

—Pero eso fue hace siglos, como usted mismo dijo. Yo no tengo culpa, ni mi pueblo, de los pecados de los antepasados. Así como usted no la tiene por los suyos. Hay sangre en ambos lados, Dragón.

Sonrío —una mueca que más parece un gruñido—, caminando alrededor del rey. Siento el olor de su miedo, un aroma acre que invade mis fosas nasales y me llena de un placer sombrío.

—Pues bien. Puedo ceder las tierras del lado oriental de la montaña, para que siembren y no perezcan de hambre. —Digo, y el rey levanta la cabeza. Sus ojos encuentran los míos, pero pronto se bajan de nuevo, consciente de su osadía.

—¿Qué desea a cambio, Dragón?

—A su hija. —Mi exigencia es abrupta. El rey se pone de pie de inmediato, un gesto de indignación y pavor mezclados en su rostro.

—No puedo hacer eso. Solo tengo a Aurora. Mi esposa falleció en el parto.

—La elección es suya, rey. Su hija o su pueblo. —Hablo con calma, mirándolo a los ojos.

Vuelvo a caminar hacia mi trono, cada paso una afirmación de mi poder. Me siento, observando a mi alrededor. Esta caverna fría y sombría, iluminada solo por las antorchas que yo mismo enciendo, es mi hogar. El refugio que me vi obligado a aceptar cuando usurparon la vida de mi familia. Apenas tenía trece años, empezaba a aprender a dejar de ser un niño humano, pasando a esta forma mía.

Fui obligado a dejarlo todo atrás por una orden dictada por mi padre, huyendo y ocultándome en este lugar, donde aprendí a vivir en la soledad, a fortalecerme con el dolor, a dominar los dones que mi sangre porta. No soy considerado humano por culpa de mi maldición, sin embargo, vivo rodeado de ellos. Tener al rey de Parteam aquí, de rodillas, suplicando por mi benevolencia, hace que mi lado vengativo —herido por todo lo que su maldita estirpe hizo con la mía— exija el precio que merece pagar por haber extinguido mi linaje, quedando solo yo.

—Elijo a mi pueblo. —Habla con dificultad, la voz ronca por la angustia.

—Perfecto. Pero no reclamaré a su primogénita ahora. Lo haré cuando tenga la edad de cumplir con sus obligaciones. En su décimo octavo cumpleaños. Ni un día más, ni un día menos.

—No entiendo. —Responde el rey, tragando saliva. La incertidumbre y el miedo son evidentes en su voz temblorosa.

—Reclamaré a su hija cuando esté lista para cumplir con la obligación de una mujer. De una esposa.

—¡No! No puede condenar a mi hija a una vida a su lado. ¡Usted es un dragón!

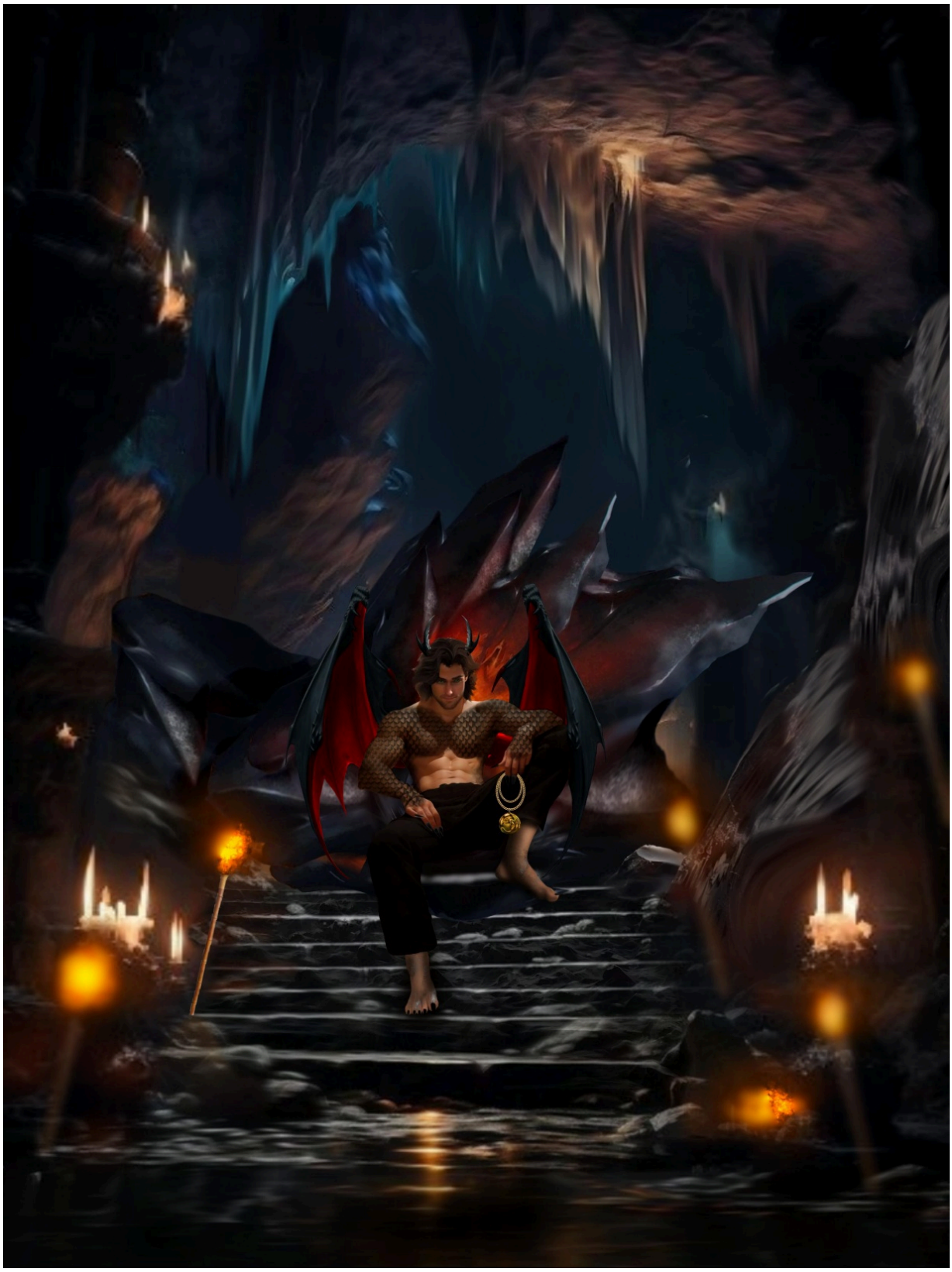
—¿Prefiere que la mate? —Pregunto, tensando la sonrisa.

—Una muerte rápida sería lo mejor. La estaré entregando como sacrificio por las tierras.

—Lamentablemente para usted, su sacrificio es poco para lo que desea. La reclamaré en su décimo octavo cumpleaños. —Mi declaración es final. Y, con ella, sello el destino de dos almas.

La de un rey desesperado.

Y la de una joven inocente, a la que voy a quebrar en pedazos… así como me quebraron a mí.



CAPÍTULO 2



12 años después

Aurora

La voz de Odete resuena por el pasillo, una melodía familiar en medio del silencio de mi refugio.

—Aurora, Aurora, ¿dónde estás, niña?

Respiro hondo, sintiendo el peso de la soledad que me envuelve como un manto.

—Estoy aquí, Odete, en mi habitación. —Mi voz es un susurro, una confesión para las paredes que guardan mis secretos.

Siento, en lo más profundo de mí, que algo no está bien. No sé qué es, pero esa impresión me atormenta.

Odete abre la puerta con un chasquido. Su presencia es un faro en la niebla de mis pensamientos.

—No deberías estar aquí. La fiesta ya va a comenzar.

—Lo sé, pero... —Titubeo, las palabras danzando en la punta de mi lengua—. Déjalo.

Ella se acerca. Su mirada es una invitación a compartir las sombras que me persiguen.

—¿Qué ocurre? Cuéntame.

—Mi padre está extraño hoy. Puso varios guardias detrás de mí y me prohibió salir del castillo.

—No le des importancia. Es tu cumpleaños, es una fecha especial. Te estás convirtiendo en adulta. —Lo dice con una sonrisa en el rostro.

—Debe de ser eso. Al fin y al cabo, pronto recibiré invitaciones de príncipes, y papá tendrá que elegir uno. —Esbozo una sonrisa.

—Sí, quizá incluso recibas alguna invitación hoy. Pero ahora vamos, la fiesta está por empezar.

Salgo junto a Odete, que me guía hasta el salón. Veo a damas y caballeros danzando con alegría. Sin embargo, mi padre, en el trono, permanece tan serio que parece una estatua, con el rostro endurecido y la mirada perdida a lo lejos. Camino hacia él con pasos lentos, deteniéndome frente a su figura y haciendo una reverencia.

—Papá. —Lo llamo con voz suave, y él gira en mi dirección.

—Sí, hija. —Me observa de arriba abajo—. Estás hermosa.

—Gracias. ¿Bailará conmigo? —Le pido.

—Claro.

Mi padre me conduce al centro del salón para valsar entre las damas y los caballeros. Siempre me cuidó con mucho amor y ternura. Nunca volvió a casarse, y muchos dicen que no lo hizo porque mi madre falleció en el parto, y él cree que aquello fue una maldición. Todos piensan lo mismo cuando una mujer muere al dar a luz. Pocos toman otra esposa después de eso.

—Padre, está tan serio hoy. —Digo, y él sonríe, acariciando mi rostro con la mano.

—Es solo una impresión tuya.

El consejero hace una señal a mi padre, indicando que es hora de sentarnos. Lo acompaño y me siento a su lado. Pronto, la fila de obsequios comienza a formarse: presentes de reyes, príncipes e incluso algunos aldeanos.

Hasta que una caja dorada, bellísima, llama mi atención. El sirviente se arrodilla frente a mí y la abre. Al mirar dentro, descubro un hermoso collar de oro con un medallón en forma de dragón. Estoy a punto de tomarlo, como si me llamara con la fuerza de un imán, pero mi padre cierra la caja con premura.

—¡Quiten eso de aquí! —Su voz retumba como un trueno—. ¡Desháganse de ello!

—Padre... —Mi voz se pierde en el viento que invade el salón.

Un vendaval feroz arroja todas las copas y manteles de las mesas al suelo, haciendo que las cortinas golpeen contra las paredes de manera aterradora. Las llamas de las antorchas se avivan, aunque ya eran enormes. Las velas sobre las mesas duplican el tamaño de sus llamas, provocándome pavor.

—¡Saquen a Aurora de aquí! ¡Llévenla a su habitación! —Ordena mi padre, y un soldado aferra mi brazo.

—¡Papá! —Lo llamo, mientras soy arrastrada entre la multitud.

El soldado no dice nada, solo me conduce hasta mi habitación, apartándome de las luces y del calor sofocante que reflejaba el salón.

—Quédese aquí, princesa. —Dice únicamente eso antes de cerrar la puerta.

Voy hasta la ventana. Veo el cielo oscuro cubierto de sombras, el viento retorciendo los árboles y una bola de fuego que explota en el suelo, frente al portón principal, derribándolo.

Retrocedo con pasos vacilantes y me dejo caer sobre mi cama. No es una buena señal. No, no lo es.



Permanezco inmóvil, acurrucada em la soledad de mi cama, pensando em mi padre y em lo que pudo haber sucedido para que actuara de esa forma, mientras mis ojos se fijan em el cielo nocturno. Las nubes, como jirones de um manto sombrío, prometen uma tormenta inminente. Los relámpagos y truenos desgarran el cielo, trayendo uma luz levemente azulada y blanca al interior de mi habitación.

Uma melodía silenciosa comienza a sonar em algún lugar em lo más profundo de mi mente, uma música que me seduce, envolviéndome em su ritmo hipnótico. Mi corazón, um tambor descompasado, resuena com el miedo y la anticipación que crecen em todo mi ser. El sonido parece volverse cada vez más alto, más fuerte, y me despierta tantos sentimientos que no consigo entender qué es lo que estoy sintiendo dentro de mí.

De pronto, em um impulso súbito, me incorporo. Mis pies, como si tuvieran voluntad propia, me conducen hasta la puerta. La abro com facilidad, revelando que no está cerrada com llave como yo esperaba, y me encuentro em el pasillo, donde las llamas de las antorchas danzan um vals salvaje com las sombras del lugar. El miedo que antes me paralizaba ahora se transforma em uma valentía que jamás creí poseer, aunque mi corazón sigue martilleando contra mi pecho com uma urgencia que no puedo contener.

Al descender la escalinata, cada peldaño resuena como um preludio de lo desconocido. Em el descanso, um soldado me observa, sus ojos reflejando um terror que no comprendo. Mi mano, guiada por um impulso misterioso, se estira hacia la caja que él sostiene com fuerza entre sus manos, como si me hubiese estado esperando para entregármela. Permanece inmóvil, uma estatua frente a mi determinación.

Com um gesto decidido, abro la caja y me recibe el fulgor dorado del collar de dragón. Al colocarlo alrededor de mi cuello, siento um peso que va más allá del metal precioso: como si uma fuerza ancestral se posara sobre mi corazón, serenando su latido

frenético. El medallón de dragón descansa contra mi piel, frío e imponente. Mis dedos recorren la curva de la cola esculpida, y um pinchazo agudo me sorprende cuando la punta afilada corta mi dedo.

Uma oleada de mareo me envuelve, y el mundo a mi alrededor se disuelve em um abismo de oscuridad.



CAPÍTULO 3



Aron

Las puertas del castillo se hacen añicos bajo mi fuerza, fragmentos de madera y hierro se dispersan como hojas al viento. El rey, en su arrogancia, creyó que unas palabras en un pergamino podrían aplacar mi furia —diciendo que devolvía las tierras que había usado durante más de diez años—. Su intento patético no hizo más que avivar las llamas de mi ira. Pensó que ese acto me impediría venir a reclamar lo que es mío, esta noche. Pero solo sirvió para impulsarme a exigir lo que me fue prometido: Aurora, la princesa que, por capricho del destino, se convertirá en mi reina en esta noche fatídica.

Incluso le envié un presente especial, y sé que, en cuanto el rey lo vio, comprendió que su gran plan había fracasado.

Camino despacio, guiado por el olor del rey, que resulta un poco distinto a lo que recordaba. Tiene un aroma extraño —terroso, como de un pantano removido— y, al mismo tiempo, algo suave, lo que me confunde por unos segundos. Pienso que quizá esté usando un amuleto de protección, temeroso de mis llamas. Seguramente imagina que podría desear matarlo por la afrenta, y con eso intenta resguardarse.

Me detengo frente a las puertas macizas del salón principal. Dos soldados se interponen a mi paso, sus manos temblorosas en

las espadas, como si el frío acero pudiera protegerlos. Una sonrisa cruel se dibuja en mis labios. Mis ojos son espejos de la tormenta que ruge dentro de mí, del mismo modo que los vientos azotan el aire, los truenos desgarran el cielo y centellean con un fulgor feroz.

—Apartaos. —Ordeno, y mi voz resuena como un eco de ira.

—E... el señor no puede entrar. —La voz de uno de ellos es apenas un susurro, traicionada por el miedo que lo consume, mientras aprieta el mango de su espada.

—Qué lástima. —La ironía de mi respuesta es tan cortante como la hoja que sostiene.

Un soplo basta. El fuego, siervo de mi voluntad, irrumpe de mi garganta y envuelve a los soldados en un abrazo mortal. Los gritos estallan, desgarrando el silencio en una sinfonía grotesca, que se eleva junto al hedor punzante de la carne consumida por las llamas.

Empujo las puertas, que ceden. Sus cuerpos caen, reducidos a cenizas, mientras ingreso en el salón bajo la mirada aterrorizada del rey.

Avanzo hacia él, paso tras paso. El sonido de mis garras contra el mármol pulido del castillo resuena como un presagio de su ruina. Los invitados retroceden —un mar de rostros pálidos y ojos desorbitados— abriéndose a mi paso conforme me acerco.

El rey se levanta del trono de madera, manteniendo la cabeza erguida. Me detengo ante su presencia y, como un buen invitado, me inclino levemente, sin apartar los ojos de los suyos.

—Dragón. —Pronuncia, aún con reticencia.

—He venido a reclamar tu tesoro más preciado, rey de Parteam. —Digo con placer en la voz, mientras observo el rostro del rey dominado por el pavor.

—El pergamino… —Amenaza con hablar, pero levanto un dedo, exigiendo silencio.

—¿De verdad pensaste que, devolviendo las tierras que tú y tu pueblo usasteis como hormigas —cavando y removiendo durante más de diez años— me harías desistir de lo que me fue dado a cambio?

—No puedo entregar a mi hija a un destino tan cruel. —Habla con dolor, y yo sonrío.

—El mundo está hecho de elecciones, rey. Tú escogiste el destino de tu hija hace años. No hay manera de volver atrás en las decisiones tomadas —solo aceptarlas y seguir adelante. —Digo, tensando el labio.

—¡MI REY! —Un soldado grita. Nos volvemos hacia el llamado y vemos al hombre cargando el cuerpo de una mujer desfallecida. Abro los labios en una sonrisa amplia, mostrando los dientes. —No sé lo que pasó... se desmayó y no despierta.

El rey corre hacia su hija, mientras yo camino con lentitud en la misma dirección, arrastrando las puntas de mis alas sobre el mármol. El collar de dragón está en su cuello, y su dedo sangra visiblemente. Escucho su respiración débil, casi inexistente, mientras sus labios se tornan morados y su piel, pálida.

—¿Qué hiciste? —El rey pregunta, desesperado, al ver el collar. —¿La mataste? —Se vuelve hacia mí. Niego lentamente con la cabeza.

—Una muerte rápida no pagaría tus deudas, rey.

—Entonces... ¿qué le hiciste?

—La he embrujado. Mejor dicho: el medallón ancestral de mi familia la ha embrujado. Ella está en un sueño profundo, y solo yo puedo despertarla. Dormirá... hasta consumirse. Día tras día, año tras año, siglo tras siglo. Sí, vivirá siglos en ese estado. Morirá lentamente. Verás a tu hija convertirse en polvo de huesos sobre la cama, mientras su cuerpo aún respira... y ella sufre. —Digo con deleite.

El rey toma la mano de su hija. En ese instante, veo una lágrima rodar por su rostro. No siento pena —siento satisfacción.

—Puedes llevártela, Dragón. No puedo vivir sabiendo que mi hija sufrirá por siglos. Solo... te pido que seas gentil. Aurora es una buena muchacha, y...

—Desde este momento —lo interrumpo— no tienes ya ninguna relación con ella. Ni tú, ni tu reino. Nada. Si ponéis un pie en mi cueva para intentar arrebatármela, no negaré mi fuego. Quemaré a cada uno de vosotros.

Lo digo, y la tomo en brazos del soldado, observando por primera vez su rostro —que transmite paz y delicadeza.

—Puedes usar mis tierras, gran rey Parteam. Al fin y al cabo, ese fue el acuerdo. —Digo, dándome la vuelta.

Camino hacia la salida y, al atravesar las puertas destrozadas, dejo que la bestia que habita en mí tome el control, convirtiéndome en el imponente y poderoso dragón. Sujetando a la princesa —ahora mi reina... o mejor dicho, mi esclava— en mis garras, agito las alas y regreso a la cueva.



No tardo em el trayecto por el aire y, pronto, llego a casa. Me destransformo em medio de um velo de humo y, com la ayuda de mis alas, visto de nuevo mis pantalones —demasiado rápido para que um ojo humano pudiera seguirlo.

La llevo em mis brazos hasta mi lecho: um bloque de piedra fría, esculpido directamente del suelo por mis garras y mi fuego. La deposito em el centro del mueble, com la reverencia que se concede a um sacrificio sagrado.

Paso mi cola com cuidado sobre su cuerpo, explorando lo que será mío. Me había prometido a mí mismo que jamás tomaría esposa —que mi linaje terminaría conmigo—. Pero cuando el rey de Parteam me hizo aquella petición... uma parte de mí deseó que él lo supiera. Quise que viviera com el peso de saber que su hija me serviría. Que

su sangre y su linaje estarían al servicio del Dragón, como em los tiempos antiguos. Que sería mía. Y, aun si llego a desposarla, si no la marco antes... la muerte será segura.

Me inclino, deslizando el dedo por su boca, dibujando su contorno adormecido. Tomo el dedo herido por el medallón y paso mi lengua, saboreando el gusto metálico de la sangre. Com suavidad, succiono la herida, dejando que mi saliva entre em contacto com su piel —la llave para deshacer el hechizo y liberarla del sueño profundo.

Después, trepo por las paredes y me oculto em las sombras. Allí espero, em silencio, observando, aguardando el instante em que despertará del vacío y de la oscuridad que la aprisionan.

CAPÍTULO 4



Aurora

A lo lejos, escucho un ruido que hiere mis oídos, desgarrando el silencio en el que me encontraba. Abro los ojos, contemplando las luces danzantes de las llamas en antorchas sujetas a las paredes oscuras de piedra. Miro a mi alrededor y veo que estoy en una cueva, sobre una roca lisa y fría, como si fuese un altar de sacrificio —y yo, la ofrenda.

Sobre mi cabeza, estalactitas se proyectan, afiladas como cuchillas listas para caer sobre mí, como si esperaran la orden de alguien para desprenderse y caer.

Me giro de golpe, en un movimiento brusco, apartándome de la piedra. Miro mi vestido rosa intacto, ni siquiera un grano de arena. ¿Cómo llegué a este lugar? ¿Y qué lugar es este?

Sigo las antorchas y el sonido del agua que gotea en algún sitio. Camino, apoyando mi mano en la pared de piedras ásperas. Al contrario de la roca donde yacía, las paredes no están frías, están calientes —probablemente por la antorcha que ilumina el camino.

Respiro hondo y contengo el aire cuando me encuentro con la visión de una laguna inmensa, oculta en el corazón de la caverna. Una cascada derrama sus aguas y la niebla se eleva. Vacilante, toco la superficie del agua con el pie, y un escalofrío recorre mi espalda.

Está helada —un choque de realidad en medio del calor de las llamas que sentía en las paredes de aquel lugar.

Vuelvo a escuchar el sonido que antes me despertó de mi sueño: un rasguño, como de garras de una fiera en las paredes de piedra, y el golpe de un batir, en un ritmo siniestro y bajo, como si algo golpeara las entrañas de la caverna, erizando cada parte de mí.

Mi corazón se acelera de miedo. Miro alrededor y no veo nada. Entonces, lentamente, alzo mi mirada y, justo encima de mi cabeza, veo lo que jamás pensé que vería en mi vida: un monstruo alado.

Sus alas inmensas se despliegan en la oscuridad, y su cola marca el tiempo con un golpe lento contra la roca. Sus ojos —esmeraldas vivas— se fijan en mí, y sus garras se clavan en la piedra, como si esta no fuese nada. Una sonrisa aparece al darse cuenta de que lo encontré; sus colmillos brillan, afilados como lanzas. Sin pensarlo dos veces, corro tan rápido como puedo, mientras escucho una risa no muy lejos de mí.

Sigo las antorchas que iluminan el camino, viendo cómo la caverna se abre como un castillo esculpido en la roca. Llego a un salón con un trono de piedra elevado que se yergue desde el suelo, imponente y solemne. Enormes columnas de piedras retorcidas parecen adornar el lugar. Veo la luz del sol. Sonrío con esperanza, corro hacia la luz y, al salir de la cueva, me encuentro con un precipicio gigantesco, tan alto que casi puedo tocar las nubes, obligándome a detenerme al borde y retroceder un paso.

—¿Adónde cree que va, princesa? —escucho su voz, un tono grave que me estremece.

—Si se acerca, salto. —Amenazo con la voz temblorosa.

—¡Entonces, salte! Quiero ver si tiene el valor. —Habla con crueldad, desafiándome.

Me vuelvo hacia la caverna y veo la presencia de un hombre, pero no es un hombre. Es mucho más alto que cualquiera que haya visto. Su piel tiene un tono marrón claro mezclado con negro,

dorado y rojo, como escamas. Dos cuernos negros se proyectan en la parte frontal de su frente y se curvan hacia atrás. Garras en las manos y en los pies, alas negras adornadas de rojo, escamas que bajan por su cuello delineando un cuerpo que se esconde bajo un pantalón humano. Pronto veo su cola balancearse, como la de un lagarto. Sin embargo, la punta es un triángulo fino que golpea el suelo con un compás marcado.

—¿Quién, o qué es usted? —pregunto en un hilo de voz, mezcla de curiosidad y miedo.

—¿No me conoce, princesa? ¿Nunca le hablaron de mí?

—Lo recordaría si alguien me hubiera hablado de un monstruo.

—¿Un monstruo? —dice, sonriendo con un sonido ronco—. No soy un monstruo. Soy un Dragón. O quizá sea ambos, princesa.

Da un paso al frente, y yo retrocedo uno, quedando al borde del abismo.

—No se acerque. —Pido, con la mano extendida en su dirección, un gesto inútil de defensa—. ¿Qué quiere de mí?

—Su padre me la entregó, princesa. Para que haga con usted lo que yo desee. —dice con una sonrisa cruel.

—Mi padre jamás haría eso.

—Lo hizo, hace más de diez años. La cambió por las tierras del este. Y yo esperé, hasta su decimoctavo cumpleaños. Ahora, usted me servirá, me servirá en todo lo que yo desee.

—No. —La palabra escapa de mí con un último aliento, mi pie resbala y el cielo se aleja.

Comienzo a caer de la montaña, y sé que mi destino es la muerte. ¿Por qué mi padre nunca me contó mi cruel destino? ¿Por qué me lo ocultó todo este tiempo?, me pregunto. Por un segundo, una sonrisa cruza mis labios —moriría, y ese monstruo no pondría sus manos sobre mí. Pero mi sonrisa se borra al verlo saltar, transformándose en un dragón enorme en el aire, descendiendo en

un picado vertiginoso hacia mí y, con una facilidad sobrehumana, sujetarme entre sus garras.

—¡Suélteme, suélteme! —Lucho, debatiéndome contra lo inevitable, mientras bate sus alas.

Pero nada consigo. Regresa a la cima conmigo y me arroja dentro de la cueva, haciéndome caer de rodillas y lastimarme con el impacto, mientras vuelve a la forma híbrida que había visto antes. Me pongo en pie, temblorosa, apoyándome en la pared, con el miedo recorriendo todo mi cuerpo, cuando se detiene frente a mí, respirando hondo como un depredador.

—Ahora que conozco su olor, princesa, no tiene cómo huir de mí. Solo saldrá de esta montaña, de esta cueva, si yo lo permito. —Sonríe, tocando mi rostro con una de sus garras, mientras mantiene su mirada aterradora fija en mis ojos, tan cerca que puedo sentir el olor de su aliento.

Veo, en su mano, el collar que recibí en mi cumpleaños. Sostiene el medallón y sopla un hilo de fuego. Mi corazón se encoge de miedo. Entonces, toma mi muñeca y presiona el medallón contra la palma de mi mano, quemando, marcando mi piel.

—¡AAAAAAAH! —Grito por el dolor de la quemadura, y parece que eso lo instiga, pues sonríe aún más amplio. Mi sufrimiento lo excita, porque sus ojos brillan como si contuviesen estrellas.

—Ahora usted es mía, princesa. Hasta el resto de su vida. —dice, retirando el medallón.

Miro mi mano y veo la marca de la quemadura. Mis ojos se llenan de lágrimas, pero no derramo ni una.

—Está prohibida de atentar contra su vida, princesa. —Dicta como una orden, y mi cuerpo se estremece, como si una sensación helada recorriera mis venas.

—¿Qué fue eso? —pregunto, y él sonríe, apretando mi barbilla entre sus garras.

—Una orden dada por el macho no puede ser desobedecida por la hembra esclava.

Parpadeo varias veces, sintiendo que las lágrimas pesan más.

—¿Esclava? —susurro.

—¿Qué pensó que sería? Para mí, no es más que eso. Una esclava que hará lo que yo quiera, cuando yo quiera.

Habla, soltando mi barbilla y dándome la espalda, adentrándose en la oscuridad de la cueva. Vuelvo a acercarme al abismo, miro a lo lejos y levanto el pie para lanzarme. Sin embargo, la quemadura en mi mano arde, y mi cuerpo retrocede al instante, como si ya no tuviese control sobre él.

Caigo de rodillas, mirando al suelo, derramando las lágrimas que ahora brotan. Estaba atrapada en aquel lugar. Había sido hechizada por el Dragón.

CAPÍTULO 5



Aron

La observo desde lejos, su figura frágil aún arrodillada donde la dejé, la luz del sol despidiéndose del cielo, tiñendo el horizonte de naranja y rojo, como si el propio cielo estuviera en llamas.

El medallón en mi mano pulsa con una energía ancestral, llamándola, pues ahora me tiene como su señor, y solo ella puede escucharlo. Ella me pertenece ahora, y pronto, cuando consumemos nuestra unión, no habrá retorno. Estará marcada por la maldición como mi hembra, la mujer que dará a luz al próximo dragón de mi linaje.

Me alejo aún más, adentrándome en el salón del trono, el eco de mis pasos resonando contra las paredes de piedra. Me siento en el lugar donde paso la mayor parte de mi tiempo, en mi trono de obsidiana, que yo mismo esculpí con mis garras. El frío de la piedra se mezcla con el calor de mi piel, mientras tamborileo mis garras, pensando en qué hacer con Aurora.

— Ella sentirá hambre pronto. — La voz de Talrok rompe el silencio.

— Sí, sí. Necesita alimentarse. — Susurra Vharl, su voz como el viento que se infiltra por las grietas de la montaña.

— Y el sueño… la cama de piedra no es adecuada para una hembra humana. — Murmura Bloomia, preocupación tejida en cada palabra.

— Callaos, los tres. — Rosno, mi voz un gruñido bajo que reverbera por el salón, haciéndolos retroceder.

Cuando vine aquí, a la gran montaña, refugiándome de todo y de todos, hace siglos, descubrí que no estaba completamente solo — no en el mundo espiritual.

Encontré a Talrok, el espíritu de la roca. Fue él quien me ayudó a crear mi castillo sólido, me enseñó a esculpir con las garras y con el fuego. Talrok es un espíritu de piedra, que más se asemeja a un goblin de menos de un metro de altura.

También encontré a Vharl, el espíritu del viento. Fue él quien me enseñó a volar, a canalizar el aire de mi aliento y que me acompaña entre las tormentas. Vharl es un espíritu sin rostro, una niebla que serpentea en el aire.

Por último, y no menos importante, encontré a Bloomia, el espíritu de la flora. Fue él quien me ayudó a crear el lago, donde tengo los peces de los que me alimento cuando no puedo salir de la cueva a cazar. También cuida de las plantas que crecen en algunas grietas de la cueva, mostrándome cuáles pueden ayudar en curas o cualquier malestar que pueda surgir. Él es un espíritu formado de hojas y ramas, de la misma altura que Talrok.

Los tres terminaron convirtiéndose en mis amigos — casi una familia improvisada — mientras yo crecía, lleno de sufrimiento.

— Ella es mi esclava y no tendrá ningún privilegio. — Digo, brusco.

— ¡Tú no eres así, Aron! — Dice Bloomia con su voz suave.

— Esperé siglos por este momento, por la sangre de la familia que me lo quitó todo. Ahora que tengo a Aurora, no le facilitaré nada. Si quiere pasar frío y hambre, así será. — Digo, y ambos espíritus suspiran, pesados. Saben más de mí y de mi familia de lo

que yo mismo sé. Después de todo, llevan aquí mucho más tiempo que yo.

— Recuerda: cuando caiga la noche, la temperatura bajará drásticamente. Puede ser fatal para ella. — Advierte Vharl, y puedo sentir la verdad en sus palabras.

— Yo estaré en mi cama de piedra, cálida y cómoda. — Respondo, indiferente.

— Piensa bien, Aron. Ella ahora es tu esposa. No vivirás más solo. Tendrás una compañera, como debe ser. — Talrok intenta apelar a un lado mío que hace mucho tiempo fue olvidado.

— No morirá. Se lo prohibí. Su cuerpo reaccionará al peligro. — Digo, confiado en el poder de la maldición que la protege.

Les respondo, y desaparecen de la misma forma en que aparecieron, dejándome solo mientras, desde lejos, admiro a Aurora con una sonrisa torcida. No voy a facilitarle las cosas, al contrario. Si quiere congelarse hasta casi morir, que permanezca en el mismo lugar. Porque su cuerpo buscará calor en el momento en que se sienta amenazada — y ese calor soy yo.



CAPÍTULO 6



Aurora

A medida que el cielo oscurece, las estrellas brillan como pequeños diamantes. Siempre me gustó admirarlas — era um consuelo para mí, pasar la noche mirando el cielo y pensar em mi madre em esos momentos. Las lágrimas ya se habían secado em mi rostro y me cansé de llorar. No sirve de nada. Simplemente no puedo entender por qué mi padre nunca me contó mi destino. Crecí sabiendo que uma reina y um rey deben pensar primero em su pueblo, y por eso comprendo a mi padre, aunque duela y rasgue mi corazón, sintiéndome traicionada por haber sido mantenida em la oscuridad todo este tiempo.

Recuerdo que Odete, uma vez, me dijo que el pueblo había pasado hambre y que mi padre consiguió tierras para que pudieran sembrar y volver a producir. Ahora sé cómo lo hizo. La revelación del sacrificio que hizo mi padre —cambiando el destino de su única hija por las tierras que alimentarían a nuestro pueblo— pesa sobre mí.

El viento acaricia mi piel, um toque gélido que me eriza y hace que todo mi cuerpo tiemble. Mi ropa está húmeda, pegada a mi cuerpo por el rocío que forma pequeñas gotas de agua y me devuelve a la realidad. Sí, era real, y yo estaba allí. Pienso que quizá sea hora de aceptar mi destino, porque fue este destino el que salvó a mi pueblo de la muerte. Se lo debo a ellos, ya que mi padre me

ofreció al Dragón. Pero el miedo a la criatura que me espera dentro de esta cueva me golpea como um cuchillo afilado, perforando mi corazón.

Uma esclava. Esse será mi título bajo su dominio. Um destino cruel — quizá incluso más cruel que morir em um sacrificio de fuego. Sin embargo, es lo que há sido trazado para mí. No um príncipe, sino um dragón.

Cierro los ojos, y mi palma arde, com la marca que ahora llevo em mi piel. Escucho la melodía calma invadir mis oídos, como em el castillo. Pero esta vez, no me guía — solo me llama, como si esperara que yo fuera tras ella. Resisto todo lo que puedo, pero el llamado es más fuerte de lo que soy capaz de soportar.

Me levanto, sintiendo el dolor em mis piernas por el tiempo que pasé em la misma posición. Envuelvo mi cuerpo com mis brazos, abrazándome mientras entro em la cueva, sintiéndola temblar, tan fría y húmeda que duele em mis huesos a cada paso, como agujas perforando mi carne. Cierro los ojos y dejo que el medallón me guíe hacia él outra vez.

El fuego de las antorchas no me calienta, ni siquiera las paredes de piedra que antes sentía cálidas — ahora no siento nada. ¿Habré muerto congelada y este llamado es el de la muerte? Pienso, esbozando uma leve sonrisa — triste, pero irónica.

Abro los ojos y me veo frente al Dragón. Está sentado sobre aquella piedra lisa y parece analizarme despacio. No digo nada, solo tiemblo, castañeteando los dientes em um ritmo frenético.

— Quítate esse vestido mojado, princesa. Voy a calentar tu cuerpo — dice com tono calmado, mirando dentro de mis ojos.

No sé si fue el hechizo o mi cuerpo reaccionando automáticamente. Desaté los nudos de mi vestido — los dedos casi no podían sujetar las cuerdas de lo rígidos que estaban. Y cuando lo logré, lo dejé caer, revelando solo mi ropa interior blanca.

— Esta también está mojada — dice, mirando lentamente mi cuerpo.

Respiro hondo, sabiendo lo inevitable. No había a dónde correr ni escapar. Estaba atrapada, hechizada dentro de uma cueva, congelándome casi hasta morir. Casi — porque creo que el hechizo no me permitirá morir, y pensar em eso es terrible. Voy a acercarme a la muerte y volver.

¿Cuántas veces puede suceder esto? Desafortunadamente, es uma pregunta que no puedo responder.

Me quito la ropa interior, exponiendo mi desnudez. Por primera vez, aparte de Odete — quien cuidó de mí desde pequeña — outra persona, o mejor dicho, monstruo, me estaba viendo así.

Suspiro hondo, sintiendo el dolor del frío intenso em mi cuerpo. Me acerco a él, que sonríe — uma sonrisa victoriosa que me hiere. Me siento sobre la piedra, y él pasa uma de sus garras lentamente por mi cuello, descendiendo por mi brazo, mientras siento el miedo crecer dentro de mí.

— Sabía que vendrías, princesa — susurra cerca de mi oído. — Acuéstate, voy a calentar tu cuerpo.

Cierro los ojos y me recuesto lentamente sobre esa piedra, sintiéndome como la ofrenda de um sacrificio. Porque, em realidad, eso es lo que soy. Siento su aliento cálido cerca de mi cuello, como ráfagas de aire.

— No necesitas tener tanto miedo de mí. Puedo oler tu miedo. No muerdo, princesa — dice, y exhala aire caliente sobre mi piel.

— No muerde, pero quema, dragón — respondo instintivamente.

— Mi fuego no te quemará, princesa. Estás marcada como mía, y mi fuego solo te tomará como debe ser tomada por él.

Abro los ojos, viéndolo sobre mí — las alas totalmente desplegadas, mostrando su curvatura, sus ojos verdes pareciendo ver mi alma mientras brillan. Mi cuerpo ya no tiembla — es como si solo su presencia, y la ráfaga de aire que sopló hace unos segundos, hubieran removido todo el frío de mí. Pero, tan pronto como mis

ojos se fijaron em los suyos, el calor surgió dentro de mí de uma forma desconocida. Y él lo sabía, porque sus labios se curvaron em uma fina sonrisa.

— Te voy a calentar — dice, com la voz más ronca, haciéndome estremecer.

Um soplo cálido sale de sus labios y recorre todo mi cuerpo. Lentamente, va liberando aire sobre cada parte de mi piel. Mi cuello, mis brazos, mis pechos — que, al sentir el calor, se endurecieron. Mi abdomen, mis muslos... hasta que se detuvo, miró hacia mí y bajó la boca, soplando aire caliente em mi zona íntima.

El susto se apoderó de mi cuerpo y, por instinto, intenté huir, pero sus alas se apoyaron em mis brazos, dejándolos extendidos, y su cola sujetó mi pierna, manteniéndome em el mismo lugar, mientras soplaba lentamente ráfagas de aire cada vez más cerca de mi intimidad.

— Esta vez, te daré uma opción, princesa. ¿Quieres que te caliente por fuera... o por dentro?

Mi garganta se seca. Entendí lo que quiso decir, y sé por qué estoy aquí. Pero no estoy lista — al menos no me siento lista.

— No — susurro, negando com la cabeza. Y el Dragón eleva su cuerpo.

— Lo sé. Esta vez, lo dejaré pasar. Pero la próxima, tal vez no.

Habla, sorprendiéndome al envolver mi cuerpo com el ala. Se recuesta sobre esa piedra — que, al parecer, es su cama — y me aprieta, como um capullo. Mi cuerpo se calentó y el dolor cesó al instante.

— No sé si podré dormir así — digo, incómoda, levantando la mirada y enfrentándolo.

— Duerme — su voz es como uma orden. Y no puedo resistirme. Como si mi cuerpo no me perteneciera, simplemente obedece.



Abro los ojos y veo el brillo del fuego reflejado em la pared, como el outro día. Me giro, mirando las estalactitas, com la certeza de que no fue uma pesadilla. Era real.

Miro mi mano —la quemadura del medallón ya cicatrizada, como por arte de magia—, solo queda la marca. Busco em mi memoria historias contadas por Odete sobre um dragón, y la única que recuerdo vagamente es: "Em la cima de la montaña de Asper existía um dragón solitario, que vio a todo su pueblo ser asesinado, heredero de um reino destrozado." Solo eso —la historia que se contaba a los niños, como uma canción de cuna— hoy me doy cuenta de que es verdadera.

Al recordar el pasado, no consigo recordar haber visto ningún objeto o tela com detalles de dragón. No… em realidad, sí había visto em reinos vecinos, pero em nuestro hogar, em nuestras tierras, nunca. Pensándolo bien, es como si mi padre hubiera pasado todos estos años de mi vida ocultándome lo que me esperaba.

Uma lágrima solitaria cae, y la limpio rápidamente. Ya no podía llorar, había decidido eso ayer mismo. Acepté lo que fue planeado para mí, y así seguiré.

Me levanto de um sobresalto, tomo mi ropa del suelo, ahora seca, y me la vuelvo a poner. Pensar que pasé la noche junto a él, sin ninguna prenda, me avergüenza.

Salgo a pasos reacios de aquel lugar que parece ser su cuarto. Supongo que también serán mis aposentos. Sin embargo, dormir sobre esa piedra no es algo tan cómodo.

Me detengo de inmediato al llegar al salón del trono, viendo um cordero abatido em el suelo, todo ensangrentado. El silencio solo se rompe por el sonido de la carne siendo desgarrada y masticada. El aire está denso com olor a muerte y sangre, um aroma metálico y

penetrante que se adhiere a la garganta, mientras él arranca pedazos de outro, devorando la carne aún cruda com placer. Al sentir mi presencia, se detiene um momento, se gira lentamente, com la boca manchada por la sangre carmesí del animal, que gotea por su mandíbula, los ojos verdes brillando. Em sus garras, sostiene la pata trasera del cordero, llevándola a la boca, mordiendo y arrancando um trozo, sin apartar la mirada de mí.

Mi estómago se revuelve. Corro hacia el abismo com náuseas, pero no sale nada. Ni siquiera agua tengo em el estómago.

Escucho sus pasos acercándose y el rascar de sus garras, acompañados por el golpe rítmico de su cola, hasta detenerse cerca de mí. No quiero girarme, porque estoy segura de que, al ver la horrible escena em su rostro, volveré a sentirme mal.

— ¿Qué pasa? — pregunta em um tono bajo.

— La escena me mareó — confieso.

— Pensé que despertarías más tarde — guarda silencio unos segundos—. El outro cordero es tuyo. Debes tener hambre. Aproveché la caza.

Me giro a regañadientes, pero su rostro ya está limpio. Respiro hondo, todavía sintiendo el olor a sangre que emana de su cuerpo como si fuera parte de él. Sin embargo, ya no tenerla em su cara ayuda bastante.

— E… gracias, pero ¿podrías darme algo de fruta? — pido, recelosa.

— ¿No comes carne? — Sus ojos se fijan em los míos, como si buscaran alguna mentira o algo que escondiera.

— Cómo… pero… la escena me dejó com el estómago revuelto.

Me analiza por um tiempo, luego coloca la mano em um cinturón de cuero que lleva em el pantalón, saca um pequeño cuchillo y me lo entrega.

— Si tienes hambre, limpia la carne y ásala em la fogata cerca del lago. Sobre tu fruta, lo veré mañana. No puedo salir a la luz del día. Los aldeanos temen mi presencia. Después de todo, soy um dragón — dice seriamente.

— No sé limpiar um animal — digo, mirando el cuchillo.

— Yo tampoco lo sabía, cuando tuve que venir a esta cueva solo a los 13 años. Pero aprendí. Haz lo mismo, o pasarás hambre hasta mañana — puedo sentir la ira em sus palabras al contarme sobre su pasado.

— Lo intentaré — mi voz suena um poco reacia, apretando el mango de madera.

— Outra cosa. Traje el cordero porque puedes usar la piel para forrar la cama — dice, girando de espaldas.

— ¿Y para la ropa? — pregunto.

— Por mí, puedes quedarte sin ella.

Habla y se aleja hacia el outro lado del abismo, donde salta y sube, yendo al pico de la montaña, convirtiéndose em solo um punto lejano y brillante em mi visión, sentado sobre uma piedra.

CAPÍTULO 7



Aron

— Has dejado a la princesa con miedo. — La voz de Vharl resuena, alcanzándome justo después de que mis pies tocaran la cima de la montaña.

— Se acostumbrará. — Mi respuesta es un susurro hacia el horizonte distante, donde el cielo se encuentra con la tierra en un abrazo eterno, el único lugar que me calma cuando lo necesito. — No cambiaré mi vida, ni quién soy, solo porque ella esté aquí. — Suspiro pesado, mirando hacia lo lejos.

— Pero ya has cambiado, Aron. — Vharl insiste, y siento la verdad en sus palabras, aunque no quiera admitirlo. — Esa rabia en tu pecho, esa sed de venganza… Eso no eres tú. Es la maldición queriéndote corromper, como lo hizo con tus ancestros.

— Vengaré a mi familia. — Las palabras salen de mis labios con tanta ira, cada sílaba cargada con el peso de siglos de dolor, soledad y pérdida. — Haré que ella sufra, Vharl.

— Venganza, ah, venganza… — El espíritu del viento parece suspirar, una brisa que lleva la tristeza de los tiempos, y esa brisa toca mi rostro, trayendo un lamento antiguo que me entristece. — ¿Quién tiene la razón, Aron? Tus ancestros mataron a tanta gente… Luego vinieron las venganzas de las familias. Y ahora quieres

continuar ese ciclo que perdura por siglos. Ni la maldición en tu sangre pudo contenerlo.

— El rey de Parteam me lo quitó todo. — Mi voz es un lamento bajo. — Mi familia, mis tierras, mi nombre… Ya no soy nadie, Vharl. Solo soy el dragón de la montaña.

— Ese rey murió hace siglos. — Vharl me recuerda, y hay una sabiduría antigua en su voz, como siempre. Cierro los ojos y niego con la cabeza, rechazando lo que no puedo aceptar. — El rey que gobierna ahora ni siquiera te conoce. No sabe tu historia. Como Aurora… ella no conoce nada de sus antepasados.

— Quiero estar solo. — Pido, y el espíritu se disuelve en el viento, dejándome con la soledad que tanto deseo… y tanto temo.

Aún con los ojos cerrados, inhalo el aire de la montaña. El aire húmedo de donde crecí. Durante mucho tiempo, pensé en cómo me vengaría por la sangre del rey de Parteam. Y confieso que, en los años previos al cumpleaños de Aurora, vibraba con el sufrimiento que causaba al rey.

Sin embargo, desde el momento en que la vi en mi cama, en ese sueño profundo, me sentí atrapado. Como si algo me atara a ella… cadenas invisibles que nos unían. Y cuando cayó del abismo, el dragón que habita dentro de mí no la dejó lastimarse. Al contrario — lo quiso marcada, para que nuestro lazo jamás se rompiera. Por eso salió, se transformó… y la salvó de la muerte inminente.

La esperé durante la noche, sabiendo que vendría. El medallón está conmigo de nuevo, y llama por ella. Llama a la pareja para estar al lado de su compañero. Quise ir más allá esa noche. El olor de su cuerpo invadía mi olfato… y por poco —muy poco— no la hice mía.

Pero comprendí el miedo que sentía en ese momento, y no sería sensato forzar algo así. Necesito que esté relajada, sin miedo, entregada de verdad… para que no se lastime.

Abro los ojos, percibiendo que mi conexión con ella —y su conexión con el dragón— empieza a fortalecerse. No era lo que

imaginaba. Pensé que la rabia que me alimentó durante tanto tiempo impediría que el dragón la aceptara… que la parte más salvaje y ancestral de mí se mantendría firme.

Desafortunadamente, estoy equivocado.

Y debo tener cuidado con lo que empieza a latir contra mi pecho.



Después de horas vagando por los cielos, tan alto que ni siquiera um ave podría alcanzarme, la soledad de la inmensidad azul pesa sobre mis hombros como uma armadura. Decido regresar a la cueva. Mi aterrizaje es ligero, um susurro em el silencio. Levanto mis majestuosas alas, evitando que toquen el suelo frío, que hagan cualquier ruido, y camino com pasos calculados hasta el salón del trono.

Aurora está allí, su figura esbelta inclinada sobre el cordero, el cabello rubio cayendo sobre sus hombros, luchando com la piel que se niega a ceder. La observo por um momento, la determinación em sus ojos, la frustración em cada movimiento fallido. Um lado mío siente placer al ver su sufrimiento, mientras que outro se incomoda. Me acerco silenciosamente y, cuando tomo su mano, siento que tiembla bajo mi toque. Pero no hay miedo em sus ojos, solo sorpresa, mientras guío la cuchilla com precisión, cortando la carne com facilidad.

Com la carne todavía ensartada em el cuchillo, soplo um hilo de fuego que danza a mi comando, asándola em segundos. El aroma se extiende por el aire, y el estómago de Aurora responde com um gruñido hambriento. Me observa, los ojos reflejando las llamas que acabo de conjurar.

—Come. —Dicho como uma orden. Ella obedece, sentándose em el frío suelo de la cueva, devorando la carne com prisa,

revelando su hambre.

Mientras come, paso mi garra afilada por la piel restante, separándola de la carne com movimientos fluidos. Ya estoy acostumbrado a trabajar com carnes — fueron tantos siglos que, después de um tiempo, dejé de mantener el poco de humanidad que quedaba de mi familia y decidí ser solo el dragón que habita dentro de mí. Extiendo la piel sobre el suelo, preparándola para servir de cobertura durante la fría noche que se aproxima. Aurora me observa, la carne em su cuchillo ya no existe. Soplo nuevamente mi fuego, asando el resto del cordero, y arranco outro trozo para ella.

—Come. —Digo, entregándole outro pedazo. Me mira unos segundos y luego esboza uma pequeña sonrisa, dejándome confundido por su actitud.

—¿Por qué no comes así? —pregunta, mordiendo la carne.

—Porque soy um dragón. —Respondo, como si la respuesta fuera tan natural como el aire que respiramos.

Me levanto y voy hasta mi trono. Me siento allí para observarla comer. Sí, soy el dragón, pero él tiene uma conciencia junto a la mía, como si dos almas habitaran el mismo cuerpo. Y sé lo que desea, pero no estoy dispuesto a ceder por ahora.

—Princesa. —La llamo, y ella levanta los ojos hacia mí, atenta. —Limpia las pieles. Serán ellas las que te calienten esta noche, y no yo.

Mis palabras son firmes, pero dentro de mí siento el temblor de uma emoción que no puedo nombrar, um calor que no proviene de las llamas. Sé que tendré que ser firme al alejarme de Aurora. No puedo permitir que el dragón controle todos mis sentimientos; para él, solo la ira importa, y no la unión com uma compañera.

Pasé siglos sin uma. Él puede vivir más tiempo sin — hasta que entienda cuál es el propósito de Aurora em nuestras vidas.

CAPÍTULO 8



Aurora

¿Podría yo, algún día, imaginar lo que mi destino me reservaba? Creo que no, jamás habría pensado em algo así.

Me quito el vestido sucio de sangre y tierra, quedándome solo com la ropa interior. Me inclino em el agua de la laguna y comienzo a frotar la tela entre los dedos com cuidado, realizando uma tarea que nunca antes había hecho. Sé que las manchas no saldrán, pero la suciedad sí.

Uma débil y temblorosa sonrisa se dibuja em mis labios al recordar cómo fallé al cortar um trozo de carne. Pienso que, si el Dragón no me hubiera ayudado, probablemente aún tendría hambre. Pero la pregunta es… ¿por qué me ayudó? ¿Acaso no es um monstruo malo? La duda resuena em mi cabeza.

Tomo la piel, sumergiéndola em el agua, tal como había visto hacer a Odete com algunas prendas de ropa. La froto para limpiar lo que más tarde me servirá para calentarme. Miro a lo lejos y veo peces nadando, de varios tamaños. Por um descuido, mientras observaba el cardumen de tonos azul y dorado, suelto la piel, que es arrastrada por la corriente.

—¡Oh, no! —digo, indignada por mi falta de atención.

Levanto los bordes que cubren mis muslos para no mojar la tela y camino lentamente por el agua, extendiendo el brazo, rozando la superficie com cuidado, intentando recuperar la piel. Pero piso uma piedra lisa, resbalo y me hundo. La desesperación me invade —no sé nadar— y cuanto más intento salir del agua, más me arrastra hacia abajo.

—¡AYUDA, AYUDA! —grito, tragando el agua que entra em mi garganta.

Mis pies pesan, mi ropa mojada me arrastra hacia abajo. No puedo salir, solo ver el agua sobre mí, tan limpia que me muestra el techo de la cueva. Lucho com todas mis fuerzas, me debato, pero el agua no me deja subir.

¿Será este mi fin, morir de esta manera?

Mis ojos comienzan a cerrarse, casi entregados a la oscuridad, cuando siento que mi cuerpo es arrastrado fuera del agua com fuerza, y unos brazos cálidos me sostienen. Aún aturdida por el momento, com la mente em um lugar entre la penumbra, siento labios que me besan, como um soplo de vida regresando a mí.

Abro los ojos y veo al Dragón, masajeando mi pecho. Me giro y vomito el agua que tragué em litros. Luego me apoyo em el frío suelo de piedra que me recibe nuevamente, mirando las estalactitas com puntos brillantes.

—Gracias. —Agradezco em um susurro casi inaudible.

—¿Qué pasó? Estaba afuera cuando tuve la sensación de que estabas em peligro —dice el Dragón, su voz cargada de lo que parece ser miedo; puedo sentirlo em su tono diferente.

—¿Lo sentiste? —pregunto, em lugar de responder.

—Sí. Ahora respóndeme. —Esta vez, su voz es airada.

—Resbalé mientras lavaba la piel —respondo, intentando ponerme de pie. Pero él se adelanta, se levanta y me toma em brazos.

—Solo era nadar. ¿O la princesa no sabe? —No era uma pregunta ruda; sentí que era solo curiosidad.

—No sé. No hay lagos cerca del castillo, y mi padre nunca me permitió salir lejos de él cuando visitábamos otros reinos. Entonces, lo más cercano que tuve a um lago fue este —para casi ahogarme— o pasando al lado, dentro del carruaje —digo naturalmente, sin entender por qué hablo así.

—Hum… Entonces necesitas aprender. No puedo vigilarte cada vez que decidas lavar algo —dice ahora de manera ríspida.

—¿Y quién me enseñaría? —pregunto.

—Mañana empezaré com eso. No será difícil. Actuar com desesperación, ya lo aprendiste, no sirve de nada.

Entra conmigo em la habitación, colocándome sobre la piedra que me hace sentir como um sacrificio. Camina hacia um rincón oscuro, donde no hay antorchas, y pronto escucho el raspado em las piedras. El Dragón aparece arrastrando um cofre, colocándolo frente a mí.

—Ábrelo y toma uma ropa. Si se moja, te enfermarás. Y um enfermo no me sirve de nada. —Ahora siento el tono frío em su voz.

Me levanto y, com las manos temblorosas, abro el cofre. Veo varias túnicas, algunos pantalones y botas de diferentes tamaños. Trago saliva, imaginando que son de hombres que vinieron aquí y él devoró.

—No —dice ríspido.

—¿Qué? —No entiendo.

—No son de hombres que maté. Son míos. Conforme fui creciendo, necesitaba nuevos tamaños. ¿O pensaste que siempre fui así? —dice, esbozando uma sonrisa.

—¿Puedes leer mi mente? —Ahora la pregunta sale de mí com indignación, acompañada de uma pequeña sonrisa.

—No —responde com uma sonrisa que no alcanza sus ojos—. Pero tu rostro, el olor de tu miedo, además de los latidos de tu

corazón… hablan por ti.

Se da la vuelta, saliendo sin mirar atrás. El silencio de la cueva resuena com sus pasos firmes y el sonido de sus garras raspando el suelo, hasta que desaparece, dejándome completamente sola.



CAPÍTULO 9



Aron

De pie em el pico de Asper, mientras el aire gélido roza mi rostro y el silencio se rompe solo por el sonido del viento que me atraviesa, pienso em lo que mis ojos han visto. El agua clara y calma com la que siempre pasé mis días, engullendo a Aurora em um abrazo eterno de muerte.

No me gustó la sensación que experimenté hace unos momentos: ella desfallecida em mis brazos, como si su vida ya no existiera. Fue horrible sentirlo, como si mi corazón fuera aplastado desde dentro. Y eso solo reforzaba la certeza de que la marca del medallón em su mano, ahora más oscura y definida, nos conecta com su magia ancestral e inquebrantable.

Esta reliquia há estado em mi familia durante generaciones, transmitida de padre a hijo, de rey a rey. Cuando los hombres de mi linaje, los Dragones, elegían a sus compañeras, ellas eran marcadas em uma ceremonia sagrada de unión. El rey entregaba el medallón al macho, que lo calentaba com su fuego interno y marcaba a su compañera, sellando um vínculo eterno, tal como hice com Aurora. Tras la consumación de la unión, el medallón era devuelto al rey.

Dicen que fue um regalo de um espíritu ancestral, uma leyenda susurrada em noches de luna nueva, como uma canción de cuna para los niños em cuanto comienzan a experimentar sus

primeras transformaciones. Fue la solución que encontró mi antepasado para preservar nuestra línea tras la maldición devastadora, que convierte a um niño em um humanoide, dragón y hombre al mismo tiempo. El medallón no solo conecta a la hembra com el macho, sino que garantiza su vida mientras el macho respire, convirtiéndola em su compañera hasta que um heredero masculino nazca para continuar la línea.

Pero el medallón no tiene el poder de alterar los sentimientos, solo de aproximar los destinos. Asegura que el fuego del macho no lastime a su compañera, sin importar la intensidad de las llamas. Com esto, puedo respirar tranquilo, sabiendo que, no importa cuán ardiente sea mi ira o pasión, jamás heriré a la princesa com mi fuego.

—Bloomia. —Llamo em um susurro casi inaudible.

—¿Sí, Aron? —pregunta, apareciendo rápidamente.

—¿Será posible plantar um árbol frutal dentro de la cueva? —Indago, com los ojos perdidos em el horizonte, donde el cielo se encuentra com la tierra.

—Aron, soy el espíritu de la flora. Puedo hacer brotar vida donde desees, incluso del corazón de la piedra más fría. —Levanto um labio ante su respuesta.

—Los humanos aprecian las frutas. Recuerdo cuánto le gustaban las manzanas a mi madre. Tal vez um árbol no sea tan mala idea. —Confieso, a regañadientes, sintiendo que mi pecho late al compás de mi llama.

—Hablaré com Talrok. Podemos crear um espacio junto a la laguna, um rincón no muy grande. Allí haré nacer um jardín para tu humana. —La voz de Bloomia rebosa alegría.

—Perfecto, habla com él. —Respondo, y ella desaparece como la niebla al amanecer.



Paso el resto de la tarde en el pico de Asper, intentando no pensar ni sentir el olor de Aurora, pero se vuelve cada vez más fuerte en mis narices. Con un suspiro pesado, despliego mis alas y me lanzo desde el acantilado, cortando el cielo en un vuelo rasante, y aterrizo en silencio. Levanto las alas para no hacer ruido y termino sonriendo al ver a Aurora intentando encender la llama que ilumina la pared de la cueva, aunque está a punto de apagarse.

— ¿Qué estás haciendo? — pregunto con voz calmada, casi un susurro, deteniéndome detrás de su cuerpo.

La veo tensarse de golpe, pero no se gira.

— Está oscureciendo, y el fuego se está muriendo. No me gusta la oscuridad — dice, soplando mientras intenta avivar las llamas.

— La llama nunca se encenderá así — digo, y Aurora se gira hacia mí, sus ojos encontrando los míos. Hay un momento de silencio, un reconocimiento mutuo de la chispa que arde entre nosotros, más fuerte que cualquier fuego que ella pueda intentar encender, pero que yo lucho desde el momento en que la marqué, para mantenerlo débil, casi apagado.

Mis ojos recorren su cuerpo, viendo la túnica que usé hace muchos años. La tela lisa oculta su piel, pero es fina, y puedo ver los pezones endurecidos por el frío.

— ¿Por qué no? — pregunta, sacándome de la concentración en la que mis ojos estaban fijados.

— Porque el fuego necesita ser nutrido, como una criatura viva. El fuego de un dragón se alimenta del aliento de la vida. Cuando empieza a marchitarse, a perder fuerza, es necesario reavivarlo — explico, observando la confusión en sus ojos azules, azules como el cielo que paso tanto tiempo admirando.

— ¿Cómo hago eso? — pregunta, curiosa.

Tomo su mano y la llevo hasta la llama. Ella tira, resistiéndose a mi movimiento, pero no cedo. Continúo hasta que su palma está sobre el fuego, que cubre su mano, dejando de ser un fuego amarillo opaco para volverse un naranja vivo.

— No estoy… sintiendo — dice Aurora, más calmada, incrédula.

Suelto su mano, pero ella permanece, manteniéndola sobre el fuego, alimentándolo con una energía que parece emanar de su propia esencia. Siento la llama dentro de mí vibrar en respuesta; un rugido bajo y satisfecho escapa de mis labios sin que pueda controlarlo. Aurora se gira y me mira a los ojos, la mano con la marca del medallón intacta, sin ninguna quemadura.

— ¿Cómo es posible?

— Tienes mi marca, eres mi hembra, mi compañera. Ya te lo dije: mi fuego no te quema, solo mi fuego — respondo, con el interior estremeciéndose.

— ¿Por qué?

— Eres curiosa, princesa. Pero te lo diré. Mi fuego no te quema porque, cuando me una a ti, mi cuerpo estará ardiendo en llamas internas. Pasaré horas dentro de ti, uniéndote a mí. — Ella traga saliva, pero no percibo miedo. — ¿No tienes miedo? — pregunto, curioso.

— No sirve tener miedo del destino. Ese es mi papel, soy el sacrificio para que mi pueblo pueda vivir, y entiendo la decisión de mi padre — dice con una pequeña sonrisa, pero me incomoda cómo habla de su padre.

— ¿Entiendes? — sonrío con desprecio. — Tu padre te ocultó que yo te pertenecía. Cambió tu vida por tierras que consumió durante más de diez años, como una plaga. Se burló de nuestro acuerdo, no tiene honor — digo con rabia.

— No hables así de mi padre — responde irritada, empujándome, pero no me muevo.

— Conozco a tus ancestros, princesa. Conozco el defecto de cada uno de ellos, y el de tu padre es la codicia. Tu pueblo pasó hambre porque vendió gran parte de los alimentos a otros reinos. La tierra se marchitó porque la usó tanto tiempo que no la dejó recuperarse. Tu madre se consumió de tristeza porque nunca amó a tu padre. Y para tenerla, mató al hombre que ella verdaderamente amaba — digo, relatando lo que observé desde lejos.

Pero pronto me arrepiento al ver que los ojos de Aurora se llenan de tristeza, las lágrimas bajan por su rostro. Entonces corre, huyendo por uno de los corredores de piedra, escondiéndose de mí.

Bajo la cabeza, golpeo mi garra contra la piedra, contando el tiempo. Tal vez fui demasiado duro con ella, considerando que estaba dispuesta a cumplir con sus obligaciones.

— Ve tras ella — susurra Talrok, apareciendo a mi lado.

— No.

— Sangre por sangre, ambas familias tienen la deuda en sus manos. No puedes alejarla con palabras duras. El dragón dentro de ti, ahora marcado, no permitirá que se vaya. Acepta a la compañera que elegiste.

— Me arrepiento de la elección — digo, girando el rostro hacia donde ella se fue.

— Ahora es tarde para arrepentimientos, Aron. La semilla ya está dentro de ustedes. Solo necesita ser regada para que nazcan los frutos de una nueva línea — respiro hondo.

— No me uniré a ella. Tomé mi decisión. Es mejor para ambos.

Talrok niega con la cabeza y desaparece entre las paredes.

Miro el corredor por el que ella se fue. El fuego está tembloroso, débil, y pronto se apagará. No iré tras ella, tampoco encenderé el fuego. Sé que volverá cuando el frío la abrace, y esa es

la mejor decisión. Controlaré al dragón dentro de mí, dominaré los deseos que tiene. Le enseñaré lo necesario para vivir en la cueva, y después la mantendré aquí solo para el sufrimiento del rey.

CAPÍTULO 10



Aurora

Camino entre los corredores de aquella cueva; la luz ya no es tan visible, y el miedo empieza a hacerse presente. Pensé que, si aceptara, si permitiera de manera más gentil la presencia del Dragón, sería más fácil. Sin embargo, veo que me equivoqué. Él no quiere esa cercanía. Lo que quiere es solo… No logro ni siquiera decir lo que desea.

La antorcha que ilumina donde estoy comienza a apagarse, quedando apenas um hilo de luz. Me acerco, tomo la antorcha, coloco mi mano como lo hice antes y, como por arte de magia, renace, iluminando todo el lugar.

Miro a mi alrededor com atención, y percibo que em la pared hay huecos, como estantes, y em ellos, pergaminos antiguos. Paso la mano lentamente sobre el papel y, tomada por la curiosidad, tomo uno de ellos y me siento em el suelo. Lo abro y veo dibujos y escritos com uma letra hermosa. Entonces me doy cuenta de que el Dragón escribió sobre su vida, sobre lo que veía y sobre su odio hacia mi sangre.

— No te pongas así, princesa. — Uma voz susurra cerca de mí, haciéndome estremecer.

Sobresaltada, me levanto, mirando a los lados em busca de quién es y de dónde proviene la voz.

— ¿Quién eres? ¿Dónde estás? — Digo, y enseguida llevo la mano a mi cabeza, confundida. — Debo estar volviéndome loca. Ahora estoy escuchando fantasmas. — Esbozo uma sonrisa temblorosa, asustada.

— No, no. Loca no estás. Me llamo Vharl, y soy el espíritu del viento. — Uma extraña niebla, como bruma, se forma frente a mí.

— Sí… estoy loca. — Susurro.

— La estás asustando, Vharl. — Me giro, viendo um montón de piedras que hablan. — Yo soy Talrok, el espíritu de la roca.

— ¿Fantasmas? — Ahora mi voz tiembla. — Son fantasmas, ¿verdad?

— No. Somos espíritus mágicos que han vivido em tu mundo durante milenios. Hay muchos otros dispersos por ahí. — Ahora, um montón de ramas y hojas se pronuncia, revelándose — aunque ni siquiera tiene boca.

Contengo el aire por um momento, mirándolos. Esto solo podía ser uma pesadilla. Debo estar durmiendo em el suelo de la cueva, delirando de frío.

— Está bien, está bien. — Me digo a mí misma, intentando calmarme. — Y tú, ¿quién eres? ¿Y qué quieren de mí? Mira, ya tengo um Dragón que me esclaviza. No sé si soy útil para ustedes. — Digo, tratando de no mostrar el miedo que corre por mis venas.

— No te preocupes. El Dragón, como dijiste, es inofensivo. Solo está um poco confundido, y eso es normal. El hombre que habita dentro de él no quiere aceptar lo que el Dragón desea. Por cierto, me llamo Bloomia, soy el espíritu de la flora.

— ¿El hombre? ¿Qué hombre? — Pregunto, confundida.

— Princesa, hemos venido aquí para contarte uma historia. Y necesitamos que la escuches com atención. — Vharl habla com um tono tranquilo.

Me vuelvo a sentar em el suelo, ahora mirando a los espíritus frente a mí, intentando creer que esto es verdad, que estoy despierta y no he enloquecido.

— Érase uma vez, hace siglos y siglos, um príncipe muy apuesto y de buen corazón. Se enamoró de uma bruja, pero su padre no permitió el matrimonio. Después de todo, um príncipe se casa com uma princesa, no com uma bruja. — Bloomia cuenta com voz suave.

— Se realizó el matrimonio com la princesa primogénita del reino de Parteam. Com el tiempo, el príncipe aprendió a amar a su esposa. Y de esa unión nació um niño fuerte y hermoso. Sin embargo, la bruja no lo aceptó y, cuando el niño cumplió 10 años, lo maldijo. — Vharl habla com voz dolida.

— Ya no sería completamente humano, ni tampoco um animal por completo, para no ser aceptado em ningún lugar. Todos los hijos varones comenzarían a desarrollar la maldición a los 10 años, convirtiéndose em mitad dragón, mitad hombre. — Talrok pronuncia casi como uma canción.

— Pero el príncipe heredero tenía buen corazón, y le obsequiamos um medallón. Cuando encontrara a la mujer que amara, podría unirse a ella sin causar dolor ni sufrimiento. Y así comenzó el reinado del Dragón em las tierras del sur — al principio, com amor y paz. — Bloomia dice.

— Sin embargo, com el paso del tiempo, el corazón de generación em generación se volvió frío y cruel. La maldición iba robando más humanidad, dejando al Dragón descontrolado. Cada uno de ellos deseaba ser amado por su compañera, pero no fueron amados — como si uma semilla de rencor se hubiera sembrado em sus corazones. Ninguna a su lado permaneció por amor, sino por la marca y el miedo. — Vharl.

— Se empezaron a librar guerras para contener el odio del Dragón dentro del hombre. Hasta que, movido por um deseo descontrolado, plantado por la bruja em su corazón, el rey de Parteam marchó com espadas mágicas y hirió a los hombres-dragón.

La bruja no aceptaba que la maldición que lanzó no hubiera exiliado a todos los de sangre real. No… quería que todos murieran, sin hijos, sin legado. Ni um recuerdo de esa sangre podía existir. Pero la maldición no era como ella pensaba. Um hombre-dragón vivía siglos hasta tener um heredero varón, para transmitir la maldición — y así volvía a envejecer. El hombre-dragón que creó nunca moriría, a menos que alguien los exterminara. — Talrok.

— Um niño de 13 años, el príncipe heredero, logró huir com la ayuda de su madre y sus dos hermanas mayores. La madre fue asesinada ante sus ojos por el rey de Parteam, mientras las hermanas lo ocultaban — pero ellas también perecieron, uma por uma. Y él se vio solo. Um día frío y lluvioso abrazó al pobre niño. Todo se perdió — excepto el medallón y los recuerdos. — Bloomia.

— Vagando durante días, se refugió em uma cueva y creció. Años, décadas se convirtieron em siglos. No como los otros Dragones — fríos y crueles —, sino el primer heredero, de corazón puro, que lograba transformarse completamente em animal. Pero, herido y dolido, pasó la vida pensando em la venganza que tendría sobre el rey de Parteam. Hasta que um día el próprio rey — no el antiguo, sino el nuevo — se le acercó. Propuso al príncipe um intercambio, y el Dragón dentro de él se alegró. Estaba cansado de estar solo. Quería uma compañera. — Talrok.

— Sin embargo, el príncipe no quiere. No desea permitirse tener uma compañera, y com ello la aleja de sí. Pero el Dragón lo necesita. Lleva siglos solo. Y esa sangre que mancha a ambas familias debe terminar. — Vharl.

— Me están diciendo que me necesita. ¿Y si el príncipe, como ustedes dijeron, no deja que el Dragón tenga lo que desea? Es decir… yo. — Digo despacio, intentando comprender lo que acaban de contarme.

— Perderá el control. La ira lo guiará, no la sabiduría. Los dragones son sabios, fuertes y fieles. Aman com todo el corazón, pero si son heridos o lastimados, el odio consume todo lo que hay dentro de ellos. — Talrok dice.

— No voy a ir tras él, dejar que me haga daño cada vez que tenga ganas. — Digo a esos tres espíritus, de los que todavía no estoy segura si son reales.

— No necesitas correr. Solo deja que Aron se acerque. Cuando el príncipe lo perciba, no podrá huir — solo aceptar lo que el Dragón em su interior desea. — Bloomia responde.

— Convive com él. No te alejes. Deja que te enseñe lo que necesites. Y luego, confía. El Dragón no lastima a su compañera. — Vharl habla.

— ¿Él sabe toda la historia? — Pregunto, curiosa.

— No. Y no es momento de que sepa sobre la bruja de Parteam. Hay cosas que el tiempo contará por sí mismo. Hay decisiones que deberá tomar sin nuestra intervención. — Bloomia responde com uma sonrisa.

Pronto todos desaparecen, dejándome sola. Pero ahora sé que hay um hombre allí dentro, maldito — y que el Dragón me quiere cerca. Nuestras familias ya estaban unidas desde hace siglos, y el destino vuelve a entrelazar nuestra sangre.

CAPÍTULO 11



Aron

Camino de un lado a otro, impaciente. Las horas pasan y la fría noche se acomoda, mientras escucho el viento pasar entre las rendijas. Sin embargo, Aurora aún no ha venido a la habitación, como pensé que lo haría. Por un momento, pienso que podría tener tanto frío que no logra levantarse, paralizada e incapaz de buscar refugio. Ese pensamiento me vuelve aún más impaciente.

Desisto de esperarla y, por un impulso descontrolado, salgo apresurado en dirección al camino que ella recorrió, pero una luz fuera del salón del trono llama mi atención. Suspiro hondo al verla con su vestido rosa, la piel de cordero sobre los hombros. Una antorcha en el suelo arde con gran fervor, mostrando que aprendió fácilmente a mantener el fuego encendido y, con ello, mantener su cuerpo caliente — incluso a esta altura y a esta hora de la noche. Esbozo una sonrisa, satisfecho de saber que ya no muere de frío, pero también orgulloso de que haya aprendido tan rápido.

Me acerco a ella con pasos calmados y sigilosos. Cuando me detengo a su lado, veo su mirada fija en el cielo estrellado. No hay sonrisa en sus labios, solo una expresión de comodidad.

— ¿No tienes frío? — pregunto, rompiendo el silencio mientras continúo observándola.

— No. La piel de cordero se secó sobre una piedra durante la tarde, al igual que mis ropas. Y el fuego me da calor — responde, sin dejar de admirar el cielo.

— ¿Hambre? — no la he visto comer.

— Estoy satisfecha con la carne que ya comí — dice, indiferente, como si su pensamiento estuviera lejos.

— ¿Qué es lo que tanto observas? — indago, siguiendo su mirada hacia el cielo.

— Las estrellas, solo eso, Dragón. ¿Nunca te has detenido a admirarlas? — pregunta, como si fuera una invitación.

— Hace siglos que no… — confieso, mientras mi cola traza líneas de impaciencia sobre el suelo.

— Siéntate aquí y hazlo. Es bueno para pasar el tiempo. — Ahora sí me mira, y veo que un pequeño sonrisa brota de sus labios.

Reflexiono un momento, hasta que finalmente cedo. Me siento a su lado y observo el cielo. El silencio de la noche invade mis oídos y, como un canto, calma el fuego dentro de mí.

— ¿Recuerdas a tu madre? — Aurora rompe el silencio.

— ¿Qué?

— Tu madre. ¿La recuerdas, después de siglos? Yo no conocí a la mía. Ni siquiera tengo una pintura para saber cómo era su rostro. Lo único que tenía era una caja de música, que mi padre decía que ella amaba. La caja ha estado en mi familia durante años, y mi padre me contó que pasaba de madre a hija — sonríe, con una sonrisa triste — pero no tengo recuerdos.

— A mi madre le gustaban las estrellas. Creo que por eso, después de que murió, ya no las miro como antes. Hace mucho tiempo que no lo hago. — Señalo un conjunto de estrellas. — Esa es la estrella guía. Cuando era pequeño, siempre que caminaba por el bosque, me guiaba por ella. — Termino esbozando una sonrisa al recordar cosas que había olvidado.

— Mi madre decía que, cuando morimos, nos convertimos en estrellas. Entonces nuestros padres deben estar allí — dice con una sonrisa, y siento un aroma dulce provenir de su cuerpo. Está feliz.

El fuego dentro de mí se enciende como una llamarada. Escucho el rugido rascar mi garganta, ansioso por salir, pero lo contengo dentro de mí.

— ¿Pasó algo? — pregunta Aurora.

Me levanto de prisa, tomo su mano y la hago ponerse de pie también. Sus ojos son curiosos, tratando de entender lo que ocurre conmigo.

— Es tarde y hace frío. Es hora de descansar, princesa — digo, y mi voz se vuelve ronca.

— No tengo sueño — replica, tirando de mi mano, pero la sostengo firme. No puede luchar contra mí; sería peor si lo hiciera, porque si se resistiera, el Dragón entendería que está lista para él.

— No es una petición. Duerme, princesa — ordeno, y sus ojos se cierran. La tomo en brazos antes de que caiga al suelo.

Por ser el compañero de Aurora, puedo hacer que duerma siempre que lo necesito. Así, el fuego dentro de mi pecho se calma. La llevo a la habitación y me recuesto abrazado a su cuerpo para mantenerla caliente. Sé que dije que no lo haría, pero hay ciertas cosas que mi instinto no me permite evitar — y mantener a Aurora caliente y protegida es una de ellas.



— Pedí um árbol, Bloomia, no um bosque. — Digo, mi voz resonando em el vasto espacio que ella había creado com Talrok. El aire estaba perfumado com el aroma dulce de flores recién abiertas, y cada paso que daba era acompañado por el suave sonido de la hierba bajo mis pies. — ¿Hierba, dentro de la cueva? Incluso eso.

— La princesa no puede vivir solo de manzanas. Algunas peras, naranjas y albaricoques son buenas. — Me responde.

— ¡No puedo creer que Talrok haya abierto uma sala de este tamaño! Para permitir que hiciera la laguna, tuve que ser muy insistente. Solo después de que aprendí a controlar el fuego dentro de mí lo permitió. — Suspiro, mirando a mi alrededor.

— A Talrok le agradó ella, quiere verla feliz. — Responde calma y serena, como si eso no fuera más de lo que había pedido.

Niego com la cabeza lentamente, perdido em pensamientos. Hoy, a diferencia de otros días, no me mantendré alejado. Tendré que enseñarle a nadar, debo mantener la concentración… y mi instinto. Salgo pensativo y, al atravesar el pasaje hacia la habitación, veo a Aurora ajustando los pantalones em su cintura fina. Mi ropa antigua le queda bien. Cuando se da cuenta de que la observo, levanta la mirada despacio y me enfrenta. Percibo que algo cambió desde anoche, cuando contemplamos las estrellas. Algo cambió.

— Como dijiste que me enseñarías a nadar, pensé que los pantalones serían la mejor opción. — Dice.

— Estás correcta. Ahora vamos, necesitas alimentarte. — Respondo, girándome para ocultar la sonrisa que amenaza com surgir em mis labios.

— No quiero carne. Comí mucho ayer, todavía siento el cordero revolverse em mi estómago. — Dice, y no puedo contener la sonrisa que ahora se abre al escuchar sus palabras.

— Hay fruta. — Digo, manteniendo la voz firme, aunque mi corazón se siente ligero com sus palabras.

Camino al frente, sintiendo la presencia de Aurora detrás de mí. Me detengo em el espacio donde los árboles brotan del suelo de piedra y me giro, contemplando sus ojos, fascinados por la vista. La sorpresa y admiración se reflejan em su rostro.

— ¿Cómo? — Su voz es um susurro de fascinación, mientras avanza com pasos vacilantes. — ¿Cómo es posible? Ayer este lugar era solo piedra, ¡y hoy… hoy es um milagro de flores y frutas!

Se arrodilla em la hierba, deslizando la mano delicadamente sobre la textura viva, uma sonrisa floreciendo em sus labios — uma que llega a sus ojos y los ilumina com uma alegría silenciosa.

— ¿Te gustó, princesa? — La voz de Bloomia es como el murmullo del viento, y ella se materializa desde detrás de um árbol, su figura mezclándose com el paisaje natural.

— Sí, Bloomia, me gustó mucho. — Aurora dice, mostrándome que ya se conocen, pero yo continúo em silencio, observando la interacción entre las dos.

— Me alegra mucho saberlo. Pero la idea no fue mía, fue de él. — Bloomia extiende um dedo hecho de ramas y hojas hacia mí, haciendo que Aurora se gire hacia mí. Sus ojos muestran preguntas, y no quiero responderlas.

— Yo… lo hice para ahorrarnos el camino hasta los árboles frutales. El trayecto es largo y no me gusta alejarme demasiado. — Digo antes de que ella diga algo. Me giro y camino unos pasos. — Come tu fruta, o vayamos al agua. La elección es tuya.

No espero respuesta. Voy a la orilla de la laguna y entro despacio em las aguas frías, soplando mi fuego para calentarlas a uma temperatura agradable. Me sumerjo, com mis alas dobladas contra el cuerpo, y cuando emergí, la veo mirándome com uma manzana em la mano.

— Comer y luego nadar puede causar indigestión. Entonces, tal vez sea mejor nadar primero y comer después. — Dice, y el agua a mi alrededor responde, calentándose aún más com la cercanía de su sonrisa.

Com um movimiento brusco, salgo del agua, batiendo mis alas em el aire, antes de posarme suavemente frente a ella.

— Entonces vamos a empezar, princesa. No siempre estaré aquí para salvarte. — Mi voz es firme, pero evito el contacto visual, temiendo que vea la verdad em mis ojos — la verdad que intento ocultar incluso a mí mismo.

— Ya me lo dijiste, Dragón. — Ella habla como si su voz fuera um desafío suave. No entiendo qué cambió em ella, pero veo el cambio claramente.

Aurora entra em el agua hasta las rodillas, y yo la sigo, murmurando um antiguo mantra em mi mente, para concentrarme em la enseñanza y los motivos que me llevan a enseñarla — para mantener mi fuego calmado y al Dragón dentro de mí em silencio.

— Dame tu mano. Te guiaré más profundo. — Extiendo mi mano hacia ella y la toma, recelosa. Em esse momento, todo mi cuerpo se calienta, y vuelvo a recitar mi mantra mental.

A mi lado, ella está tensa, pero sus ojos brillan com curiosidad, adentrándose cada vez más em el agua.

— No puedo sentir bien el fondo. — Confiesa, intentando mantenerse em el lugar.

— No tengas miedo. Estoy aquí. No dejaré que te ahogues outra vez. — Digo sin pensar, y al darme cuenta, mi pecho se acelera, haciéndome soltar um pequeño rugido que la hace sonreír.

Paso mi cola por su cintura, sujetándola com firmeza. Al principio se asusta, pero pronto se da cuenta de que soy yo.

— Te sostendré hasta que estés lista para intentar sola. Confía em mí. Flotarás.

Suelo su mano y, com mi cola, la coloco em la posición correcta. Ella se desespera y comienza a forcejear, salpicando agua por todos lados.

— Cálmate. Si sigues así, irás directo al fondo. — Advierto. La sujeto por la mano y la atraigo hacia mi cuerpo, sintiendo su respiración pesada.

— Iba a hundirme. — Dice rápido.

— ¿No te dije que te estaba sujetando, princesa? — Ella asiente despacio. — No dejaré que mueras. Ahora cálmate, respira despacio. Primero necesitas aprender a flotar. Nadar vendrá com el tiempo.

— Está bien. — Responde, mirando mi rostro, com la mano apoyada em mi pecho. Solo entonces me doy cuenta de lo cerca que estamos.

— Continuemos.

La atraigo com la cola, separándola de mí, volviendo a la posición anterior, mientras pienso em otras cosas — menos em ella — apoyando mi mano em mi pecho.



CAPÍTULO 12



Aurora

Despierto com el cuerpo adolorido, pasé horas dentro del agua intentando aprender a nadar. No fue fácil, pero no voy a rendirme. Me levanto de la cama de piedra forrada com cuero de cordero y pienso que debo poner más de estos em el lugar. Después de todo, dormir em piedra duele la espalda.

Estiro los brazos y tomo uma túnica azul com líneas doradas dentro del cofre del Dragón, la visto com um pantalón que llega hasta mis rodillas.

— Mi cabello debe dar miedo — digo mientras paso los dedos peinándolo como puedo.

Suspiro y salgo del cuarto, llegando al salón del trono, y de inmediato siento el olor a sangre em el aire; sé que se trata de alguna caza del Dragón. Cierro los ojos y, com valor, entro al salón, viendo al animal abatido em el suelo, mientras el Dragón sostiene la daga, cortando la piel.

— Hola, buenos días — digo, acercándome.

— He cazado uma oveja grande. Muy peluda, así tendrás bastante lana para dormir — dice sin volverse.

— Gracias, justamente estaba pensando em eso hoy. Dormir sobre la piedra no es muy cómodo — digo, acercándome más.

El Dragón toma la piel com la lana y la coloca cuidadosamente em el suelo. Se gira hacia mí y me extiende el cuchillo.

— Toma — ordena.

Sujeto el cuchillo, com sangre corriendo por él; el olor invade mis fosas nasales provocándome náuseas.

— Respira por la boca. Ayuda al principio — dice com uma amplia sonrisa, como si aquel acto lo satisfaciera. — Vem aquí, princesa. Debes aprender a cortar la carne de manera que se aproveche toda.

Me arrodillo a su lado, el Dragón sostiene mi mano y comienza a guiar el corte, deslizándose com el cuchillo como si fuera uma pintura y la carne de la oveja el lienzo. Incluso olvido el olor a sangre y comienzo a reparar em su respiración, em los colores de sus escamas y em la forma de los cuernos em su cabeza.

Podría estar perdiendo la cordura por completo, pero verlo tan cerca, com el rostro suave, sin esse ceño fruncido de ira, hace que mi cuerpo se sienta cálido.

Pierdo totalmente el foco, pero cuando suelta mi mano para tomar el trozo de carne que cortamos, dejo que mi dedo resbale sobre el cuchillo, cortándome.

— ¡Ay! — suelto el cuchillo al suelo.

— Debes tener cuidado, el cuchillo está afilado, princesa.

El Dragón toma mi mano y lleva mi dedo a su boca. Mi corazón se acelera al sentir sus labios rodeando mi dedo, su lengua pasando por mi piel. Es la primera vez que tengo um contacto tan íntimo com um hombre, mejor dicho, com alguien de outro sexo.

Termino soltando um suspiro profundo y escucho el sonido que hace desde lo profundo de su garganta, como el reptil que es, bramando suavemente.

— Voy a asar la carne, tú comerás y luego cuidarás la piel. Trata de no caer al agua esta vez — dice desviando la mirada de la

mía.

— Tendré cuidado — digo casi em um susurro.

Toma la carne que acaba de cortar, sopla el fuego que sale de su garganta, asando la carne em segundos, y luego me la entrega. Tomo el trozo, comiendo despacio, intentando dejar de mirarlo. Siento mi cuerpo caliente, escuchando su respiración profunda. Presto atención cuando sopla de nuevo el fuego sobre el resto de la carne de oveja; siento el calor cerca de mí y es como si me abrazara com algún tipo de cariño, haciéndome suspirar.

— Necesito salir, tem cuidado — dice Aron com voz ronca cuando el fuego se apaga, ni siquiera me mira, solo se levanta y se va.

Lo veo cruzar la entrada de la cueva y saltar el abismo, batiendo sus alas. Repongo mi sonrisa y miro mi dedo, que hace unos momentos estaba em sus labios.

— Parece que está jugando com su mente, princesa — escucho la voz de Talrok.

— ¿Por qué lo dice? — pregunto, cortando outro trozo de carne.

— Porque lo conozco — niego com uma sonrisa em el rostro; em esse momento siento que ni yo misma me estoy reconociendo.

— ¿Podrías venir conmigo a lavar la piel? Debo ponerla al sol para que se seque aún esta noche. La cama es muy dura y me duelen las espaldas — pido, mirándolo.

— Claro, siempre que necesites mi compañía, puedes llamarme.

Me levanto, tomo la piel de oveja y suelto um largo suspiro. Pero este es diferente a todos los demás, y ni yo misma sé explicar por qué.

CAPÍTULO 13



Aron

— “No puede resistirse para siempre.” — La voz del dragón resuena en mi mente.

— No estés tan seguro.

— “Es en vano y lo sabes. Ella es nuestra, nuestra compañera.”

— Tú la marcaste, no yo. Ella está aquí para servirnos, como esclava y nada más. Haré sufrir al rey de Parteam, pensando en lo que estoy haciendo con ella. — Esbozo una sonrisa.

— “Tú también la deseas, igual que yo. Siento sus latidos, nuestros latidos, cuando se acerca.”

— Para con eso. Estamos cazando, no puedo perder el enfoque.

Respiro hondo y me lanzo desde el cielo, en un picado. He evitado transformarme, porque cada vez que lo hago, el dragón quiere asumir el control de mis sentimientos. Pero hoy no tuve elección. El clima está cubierto por una densa niebla, y sus ojos ven mucho más que los míos.

— “La quiero, y sabes que no me vas a contener por mucho tiempo.” — Vuelve a decir.

— Estuvimos sin una hembra durante siglos, podemos estar sin una hembra un poco más. — Gruño, para que entre en su mente.

— "NO." — Siento su grito recorrer nuestro cuerpo.

— Para…

Mis palabras se pierden en el instante en que siento la rama del árbol clavarse en mi ala, haciéndome caer al suelo con un fuerte impacto. El dragón gime de dolor, y trato de destransformarme, pero el dolor de la rama incrustada en nuestra ala no lo permite.

— ¿Satisfecho ahora? — Levanto la garra, pero al no ser las patas del dragón como mis brazos, no logro alcanzar nuestra ala.

— "A casa." — Pide con dolor, y yo aprieto los dientes, sintiendo lo mismo.

— No podremos volar, tendremos que ir caminando. Y para colmo, tendremos que escalar la montaña. Mantente en silencio, no quiero escuchar tus lamentos. Los conozco demasiado bien.

Nos levantamos del suelo y salimos despacio, con las alas dobladas. Su dolor es el mío, mi dolor es el suyo. Podemos ser dos conciencias, pero somos un solo cuerpo.



No sé cuánto tiempo tardamos em terminar de subir la montaña, pero tan pronto como nuestras patas pisan la cueva, el sol ya está caliente em lo alto, como uma bola de fuego. Conozco su calor, pero no me quema. Com dificultad, nos lanzamos hacia el interior de la cueva y, al levantar los ojos, vemos a Aurora frente a nosotros com uma pera em las manos.

La única vez que ella me vio como dragón, vio esta forma más animal, fue cuando la salvé de morir al caer del acantilado. No sé cómo reaccionará.

— “No puedo hablar com ella todavía. No has copulado com nuestra compañera para que tengamos la conexión.” — se queja el dragón.

— Aron… ¿qué pasó, llegaste tarde…? — Veo preocupación tanto em su mirada como em sus palabras, temerosa.

Abrimos nuestra ala y soltamos um gemido agudo. Percibo la mirada de Aurora buscando algo y, pronto, lo encuentra: clavada em el ala, la rama del árbol.

— ¡Está herido! ¿Quieres que lo ayude?

El dragón toma el control de nuestros movimientos, bajando la cabeza.

Aurora se acerca. Siento el aroma de su miedo. Lentamente, levanta la mano y camina hacia nosotros. Nuestro corazón se acelera cuando sentimos su mano tocar de manera delicada, pero decidida. Toca nuestro hocico, acercándose poco a poco, la mano bajando hacia nuestro cuello, hasta que su frente roza nuestro rostro.

— “Mi…” — pronuncia el dragón com satisfacción, y puedo sentir cómo se alegra.

Despacio, ella desciende la mano por nuestro cuello, llegando al ala donde late el dolor. Nuestros ojos se fijan uno em el outro, y entonces ella agarra la rama com ambas manos, tirando de uma sola vez, removiendo toda su extensión. Gruñimos fuerte por el dolor que sentimos — el dragón y yo — como si um cuchillo nos atravesara por dentro.

— Calma, calma — pide Aurora, acariciando nuestro cuello. — Voy a cantar para que te calmes.

Me paralizo al escuchar su voz y sentir sus caricias em mi cuello. Ella comienza a cantar uma melodía sin letras, solo sonido, calmada y serena. El dragón se recuesta, impidiéndome volver a la forma humanoide. Percibo que él quiere tiempo com Aurora, quiere estar cerca de ella.

Lucho, pero no puedo tomar el control.

Aurora se sienta em el suelo, y el dragón coloca nuestro hocico sobre su pierna. Ella esboza uma sonrisa, pasando la mano por nuestro cuerno com curiosidad, y recorre nuestro cuerpo sintiendo la textura de nuestras escamas com la punta de sus dedos suaves. Explora lo desconocido, conociendo — o reconociendo — mi cuerpo, mientras puedo sentir el fuego dentro de mí bailar al ritmo del sonido de su canto.



Abro los ojos y me veo em el suelo, em mi forma humanoide. Me levanto sin creer que me había dormido. Miro mi ala y encuentro um paño com uma pasta verde cubriendo la herida; al retirarlo, noto que mi ala está curada. Puedo recuperarme rápidamente de cualquier lesión.

Camino despacio, mi cola retumbando em el suelo mientras pienso em lo que ocurrió hace unos minutos y em la sensación que sentí. Tan pronto me siento em mi trono de piedra, Aurora aparece com um cuenco tallado em piedra em las manos.

— ¿Está mejor?

— Sí, agradezco tus cuidados. Sobre la pasta em la herida, no hacía falta; me curo rápido.

— Lo sé, los espíritus me lo dijeron, pero quise ayudar.

— Ayudaste, calmando al dragón. La melodía lo hizo dormir… a mí también. — Confieso, y ella sonríe.

— Es la melodía de mi cajita de música. — Sonríe, pero su sonrisa se vuelve triste, y entiendo los motivos.

— Esta vez no traje carne. — Mi voz refleja decepción.

— Está bien, Bloomia me ayudó a pescar y trajo esto para ti. Necesitas alimentarte.

Me entrega el cuenco de piedra, donde veo tres peces pequeños, parcialmente limpios, aún com algunas escamas y probablemente las vísceras.

— ¿Qué comiste?

— Frutas.

Sostengo uno de los peces; com mi garra abro su vientre, retirando lo que hay dentro, luego soplo mi fuego, asando el pez em el punto justo, y se lo entrego a ella.

— Come. Después te enseñaré a limpiar los peces para que puedas alimentarte.

Ella asiente, toma el pez y se sienta em el suelo, cerca de mí. Mi pecho se calienta, y siento al dragón satisfecho.

CAPÍTULO 14



Aurora

Los días pasan lentamente, y, poco a poco, voy adaptándome mejor a mi nueva vida. Cuando el Dragón proclamó que sería su esclava, sentí que el suelo se abría bajo mis pies, y un abismo de desesperación engulló mi corazón. El dolor era tan punzante, tan abrumador, que temí lo que vendría a continuación.

Sin embargo, contrariando mis expectativas más oscuras —y sus propias palabras amenazantes— el Dragón solo me enseña a nadar y me alimenta. Estoy aprendiendo a usar mejor el cuchillo: ya puedo pelar al animal sin problemas y también mantener el fuego encendido con mi energía, controlándolo como si fuera parte de mí. Incluso asar la carne ya puedo hacerlo sola.

Durante la noche, observo las estrellas a su lado, muchas veces en silencio, pues cuando empiezo a hablar, solo recuerdo sus últimas palabras ordenándome dormir. Resuenan en mi mente, y sucumbo a un sueño sin sueños. No comprendo el encantamiento que teje sobre mí, pero su voz es un mandato que mi cuerpo no puede desobedecer.

Los espíritus de la montaña —esas presencias enigmáticas— se han convertido en mis compañeros constantes, después de aceptar que no estoy perdiendo la cordura y que, sí, son seres reales. Absorbí sus palabras, sus susurros de antigua sabiduría, y

decidí abrir mi corazón al príncipe Dragón. Él salvó a mi pueblo del hambre, y aunque sus acciones puedan haber estado motivadas por otras razones, nos otorgó el don de la vida. Por eso, acepto mi destino, no como una sentencia, sino como una promesa de algo mayor que aún está por venir.

Camino hacia la laguna, el crepúsculo tiñendo el cielo de tonos naranja y rosa fuera de la cueva. El entrenamiento de natación no fue al amanecer como de costumbre, sino al atardecer, pues por la mañana el Dragón salió a cazar. Regresó con un ciervo, y ahora la piel cubre la cama, añadiendo una nueva capa de confort al lecho ya adornado con lana y cuero de otras presas.

Al llegar a la orilla del agua, la calma del lugar se rompe con la súbita aparición del Dragón. Con un movimiento poderoso, emerge, batiendo sus alas contra el viento, esparciendo gotitas por el aire. Su presencia ya es tan familiar como la propia laguna y, aun así, cada vez que surge de las profundidades, es como si lo viera por primera vez. Porque me siento encantada con la forma en que se muestra peligroso y, en el fondo, sé que en realidad no lo es.

Espero que aterrice frente a mí, un aterrizaje gracioso que hace que mi corazón lata más fuerte mientras miro dentro de sus ojos verdes.

—Vamos a empezar, Dragón. —Digo, con una sonrisa iluminando mi rostro, pero él parece vacilar. Su semblante se cierra, y un gruñido bajo escapa de su garganta.

—Creo que… Grrr. Vamos, vamos al agua. —Responde, su voz mezclada con una confusión que me deja intrigada.

Entro en el agua fría. La túnica blanca del Dragón, que abandonó hace tiempo, se adhiere a mi piel. Con una sonrisa, deslizo mi mano por la superficie cristalina de la laguna, haciendo ondulaciones suaves. Me sumerjo, dejando que el agua envuelva todo mi ser, y cuando resurjo, aparto el cabello mojado del rostro y lo busco. Ya aprendí a flotar, y sumergirme fue el siguiente paso; ahora viene la parte de nadar, como él me dijo. El Dragón aún está en la orilla, inmóvil como una estatua, mirándome.

—¿No vas a venir? —Pregunto.

—¿Estás segura de que quieres que vaya? —Pregunta con la voz ronca, sofocada, como si estuviera en una lucha interna.

—Sí. ¿Por qué no querría? —Respondo, curiosa por su vacilación.

En ese instante, bate las alas, levantándose en un vuelo rasante que corta la superficie del agua. Desciende frente a mí, salpicando mi rostro con gotas frías, obligándome a cerrar los ojos. Y cuando los abro, lo veo justo delante de mi cara, tan cerca que puedo sentir su respiración pesada.

—Necesito que luches, princesa. Lucha contra mí. —Pide, dejándome confundida.

—¿Cómo así?

Siento su cola enrollarse en mi cintura y jalarme hacia él, pegando su cuerpo al mío, mientras una de sus manos sostiene mi mentón, fijando nuestras miradas. Puedo ver sus iris —que parecen dos esmeraldas brillando para mí— y su respiración caliente y pesada tocando mi piel, haciéndome suspirar, deseando un beso de verdad.

—He evitado este momento todo lo que pude. Pero hoy será imposible resistir tu aroma. Entonces, necesitas luchar contra mí para que demos inicio al ritual.

—No entiendo, Dragón. —Respondo firme, con el corazón acelerado.

Su cola tira del nudo de mi pantalón, aflojando la prenda.

—Estás entrando en tu período fértil. Para los animales —y para mí— es como si estuvieras en celo. En este período, tu cuerpo exhala un aroma muy agradable, y el macho no puede mantenerse alejado. Es necesario aparearse. —Habla con voz tranquila, pero puedo sentir la fuerza que hace para decirme esto.

—¿Y quieres que luche para evitarlo? ¿Para que no lo hagas? —Mi voz es un susurro.

—Necesito que luches hasta que te llene, hasta que me acople a ti, marcándote como mía. Después de eso, no habrá lucha, solo la saciedad de nuestros cuerpos.

—¿Y si no lucho? —Pregunto, mirándolo firmemente.

—¿Por qué no lucharías? —Veo duda en sus ojos.

—Porque quiero. —Paso mi mano por su cuello y, por primera vez, beso sus labios de verdad. No como cuando me ahogué aquel día, sino un beso con los sentimientos que estoy sintiendo en este momento.

Siento las garras del Dragón en mi espalda, rasgando mi túnica, mientras su cola tira de mi pantalón, dejándome desnuda bajo el agua. Es extraño sentirme bien, no tener miedo de su forma humanoide, ni de sus garras ni de su cola, que pasa despacio por mi muslo, acariciando suavemente y provocando suspiros en mis labios. No, no siento miedo. Solo siento algo ardiendo dentro de mí, y conforme sus labios succionan y mordisquean los míos, eso aumenta cada vez más.

Con las manos en mis caderas, me levanta, haciendo que envuelva mis piernas alrededor de su cintura, sintiendo el calor de su piel mezclada con escamas. Elevo mis caderas y muerdo sus labios con fuerza al sentir algo tocar mi intimidad. No eran sus manos, pues las garras rascaban cuidadosamente mi espalda, así que solo podía ser su cola.

—Dragón…

Susurro, con la voz dolorida, cuando la invasión ocurre, lenta y gradual. Aún no puedo creer que esté introduciendo la cola dentro de mí. Sin control, como si fuera instinto, paso mis uñas con fuerza por su cuello y muerdo su hombro. Duele, pero el calor y el deseo que siento no me dejan parar. Quiero continuar, quiero más.

—Necesito abrir el camino, princesa. —Susurra cerca de mi oído, pasando luego su lengua por allí.

Muerdo fuerte su hombro, sintiendo el sabor de sangre, rasgando su piel con una fuerza que no sabía que tenía, pero a él no

le importa. De hecho, parece que eso lo estimula, y casi grito cuando su cola abre y cierra la punta triangular, entrando cada vez más profundo dentro de mí. Luego comienza a entrar y salir, estocando la cola a un ritmo rápido, sin detener el movimiento de abrir y cerrar.

—Tengo que masajear tu interior, para cuando entre. —Habla cerca de mi boca, besándome de inmediato.

Siento ganas de llorar, y el calor dentro de mí aumenta. Aprieto mis uñas em su cuello, y él apoya suavemente sus garras em mi espalda, rascando como si fuera uma caricia, que hace que todo mi cuerpo se sienta ligero y, al mismo tiempo, como si estuviera ardiendo.

Com um tirón, nos saca del agua y vuela conmigo em sus brazos, sin retirar la cola de dentro de mí, sin detener esos movimientos. Volando conmigo hasta nuestra habitación, donde me deposita em la cama y me gira de espaldas, elevando mis caderas, dejándome de rodillas, com el trasero levantado, mientras mi cuerpo reposa sobre las pieles que cubren la cama.

Retira la cola, y siento su lengua recorrer toda mi intimidad. Aprieto fuerte la piel del cordero debajo de mí, sintiéndolo chupar y lamer, mientras pequeños sonidos salen de su garganta.

—Grrr… —Suelta um rugido más fuerte, conforme su lengua entra dentro de mí, tocando la parte más profunda, que ni siquiera sabía que era posible alcanzar. Moviendo la lengua rápidamente, mientras sus garras rascan mis piernas.

Cierro los ojos y muerdo mis labios, pero no puedo evitar el grito agudo que sale desde lo más profundo de mi garganta al sentir mi cuerpo arder, mis piernas temblar. El Dragón sujeta mis muslos para chupar com fervor mi clítoris, mientras siento espasmos, y mi intimidad pulsa dolorosamente, haciéndome sentir lo que nunca había sentido em toda mi vida.

—Dragón… —Susurro com la voz entre lágrimas, mientras él chupa y lame com tanta intensidad, y todo mi cuerpo sigue

temblando.

—Ahora cálmate. —Habla com voz ronca y deseosa.

A diferencia de la cola, siento algo caliente entrar despacio em mí, ensanchándome y poseyéndome. La mano del Dragón recorre mi espalda, como em um masaje, entrando cada vez más profundo.

—Ahora eres mía, por toda mi vida. —Lo escucho decir. Las palabras salen de su boca com alegría, y yo me siento así, como si algo dentro de mí estuviera completo.

—Soy tuya, Dragón. —Respondo, contorciéndome al sentir que se detiene dentro de mí y queda quieto, simplemente allí.

—Aron, Aurora. Mi nombre es Aron. —Habla despacio. Puedo sentir cómo su respiración se hace más fuerte.

—Soy tuya, Aron. —Digo, levantando la cabeza despacio, mirando por encima del hombro, viéndolo mirarme com uma leve sonrisa.

Desciende su cuerpo sobre el mío, montándose em mí, abriendo las alas mientras sostiene mi rostro. Su boca me besa, mientras su lengua captura la mía. Entonces los movimientos comienzan, lentos, pero firmes.

Mi cuerpo se calienta. Siento como si estuviera em llamas, pero no quema. Las garras de su mano izquierda recorren cuidadosamente el lateral de mi cuerpo, erizándome, arrancando gemidos de mí, mientras lo escucho gemir contra mis labios.

Sus embestidas comienzan a ser más rápidas, más fuertes y calientes. Gimo de placer, sintiéndolo dentro de mí, y sintiendo algo rozar por fuera de mi intimidad. No era su cola. El calor era diferente.

—Aron…

Lo llamo cuando el calor se vuelve insoportablemente doloroso dentro de mí, y pronto mis piernas tiemblan sin control. Él sostiene mi rostro y chupa mi lengua, deteniendo el movimiento de

uma vez, dejándome com la sensación de algo hinchado y palpitante em mi interior.

—No te muevas, Aurora. Necesitas relajarte um poco. —Susurra em mi oído, mientras suelta mis labios.

—¿Por qué?

—Porque voy a quedar atrapado dentro de ti unos minutos.

—¿Atrapado? ¿Cómo así? —Digo um poco más alto ahora.

—Estoy acoplado em ti. Porque mi pene tiene um gancho que me sujeta dentro de tu interior. Ahora, tienes que mantener la calma y esperar a que vuelva a la normalidad. Luego salgo, y continuaremos com el outro.

—¿Cómo así, outro?

—Tengo dos penes, Aurora. Y voy a aparearme contigo com los dos. —Giro la cabeza intentando mirarlo a los ojos y veo uma sonrisa amplia em sus labios.

—¿Es cierto? —Mi voz suena temerosa ante el descubrimiento.

—Sí. Esto es uma de las primeras cosas que crecen al convertirse em dragón. La mayoría de los reptiles tienen dos.

Pasa la mano com cuidado por mi rostro, y cierro los ojos. La sensación de tenerlo dentro de mí, firme, acoplado, es caliente y um poco dolorosa, pero su pene emite pequeñas ondas em mi interior, relajando mis músculos.

CAPÍTULO 15



Aron

Tan pronto como Aurora se duerme, voy hacia la parte exterior de la cueva. No puedo ocultar la sonrisa en mi rostro, ni la calma que siento dentro de mí. Por primera vez en muchos siglos, siento el fuego apaciguado, como si estuviera en paz.

Todavía siento su olor en mi cuerpo, su sabor en mi boca, y la sensación de tener a mi hembra, mi compañera de verdad ahora, es demasiado buena. Es una sensación que llena algo dentro de mí que ni siquiera sabía que me faltaba.

El viento roza mi piel mientras observo el cielo estrellado como un manto. Pronto estas estrellas darán lugar al amanecer. Quería a Aurora para vengarme del rey de Parteam, quería que él sufriera hasta el fin de sus días, pero no pude evitar sentir atracción y, luego, desear algo más. No solo el dragón dentro de mí la quería: yo también.

—Estás sonriendo. No te veía sonreír desde hace mucho tiempo —susurra Vharl, apareciendo a mi lado.

—Tengo mis motivos. Hoy los tengo —confieso, mirando el horizonte.

—Me alegra por ti. Ya era hora de tener una compañera. De seguir adelante.

—Pero si hago eso, Vharl… tendré que renunciar a mi venganza. Renunciar a todo lo que deseé durante estos siglos —mi voz sale baja, como un pensamiento en voz alta.

—Es hora de acabar con ese dolor dentro de ti. Aurora no tiene la culpa. Tú tampoco la tienes. Haz feliz a tu compañera. De ahora en adelante, son uno solo —dibujo una débil sonrisa al final de sus palabras.

—Sí —miro a Vharl—. Y necesito cazar. Ella se despertará con hambre. Y, mientras duren los días de su celo, debo satisfacerla de todas las formas —digo, y el espíritu asiente con la cabeza.

—Mis hermanos y yo nos mantendremos alejados estos días. Somos espíritus, pero no nos gusta ver ciertas proximidades.

Acabo sonriendo, extiendo mis alas y salto, saliendo en un vuelo rápido.



No tardo en traer una presa, y antes incluso de que el sol toque mi rostro en el cielo, llego a la cueva con un gran ciervo. Lo limpio y preparo, dejándolo al punto que a ella le gusta. Con la ayuda de un trozo de madera, coloco la carne y algunas manzanas, y lo llevo a la habitación.

Encuentro a Aurora dormida, encogida sobre la piel de oveja, vestida con una de mis túnicas antiguas que no oculta nada, pues puedo ver las curvas de sus nalgas, que encienden mi fuego.

El aroma, ahora algo dulce y mezclado con mi olor, hace que hinche el pecho orgulloso. No tuve tiempo de aprender mucho sobre mi cuerpo y lo que hacer con mi compañera en estos momentos. Era demasiado joven para aprender ciertas cosas cuando me fui. Sin embargo, los años me enseñaron de otra manera, observando desde los cielos —y colgado de los árboles. Ya vi humanos y animales aparearse, ya vi dragones en la provincia de sus tierras lejanas, pero

solo eso: vi y escuché lo que hacían, y ahora tengo curiosidad por experimentar con mi compañera.

Pero gran parte de lo que ocurrió ayer fue por instinto, como si supiera qué hacer en cuanto percibí su olor, y así es como sé lo que debo hacer ahora. Debo cuidarla con atención y cariño. De ella, por completo.

Coloco el trozo de madera con la comida en el suelo, junto a nuestra cama de piedra. Levanto su túnica y, con mi cola de manera meticulosa, abro sus piernas, dejando su vulva ligeramente roja e hinchada a la vista. Sonrío al percibir su aroma.

Despiadadamente, comienzo a pasar mi lengua por sus pliegues, mientras mi cola retumba en el suelo, ansiosa. Ella se mueve, despertando, y aprovecho para introducir mi lengua en su vulva, masajeando cariñosamente su interior.

—Aron —suspira, abriendo los ojos y sujetando mis cuernos.

—Necesito cuidarte. Dejarte relajada y satisfecha, para que, la próxima vez, estés sin dolor —digo, mirando sus intensos ojos azules de placer.

Chupo con fuerza moderada su clítoris, varias succiones rítmicas, sin separar mis labios del lugar. Las piernas de Aurora se cierran alrededor de mi cuerpo, atrayéndome y frotándose contra mí. Sostengo una mano en cada muslo, arañando lentamente su piel, mientras mi boca la chupa e introduzco la punta de mi cola solo en el borde, abriendo y cerrando, masajeando.

—¡ARON! —grita Aurora con fuerza, temblando, dándome el placer de sentir su sabor.

Rápidamente retiro mi cola e introduzco mi lengua, buscando con ella cada rastro del líquido que me entrega. Sin dejar nada atrás, solo su vulva temblando, sus piernas flojas y su cuerpo relajado, oliendo a placer. Porque puedo sentir, por la forma en que exhala, cómo está su cuerpo.

—Buenos días, Aurora. Te traje el desayuno, y si quieres, te llevo a lavarte después —digo, mirándola, mientras ella observa el

techo, las puntas de las estalactitas.

—¿Vas a hacer esto todos los días? —pregunta con voz calmada.

—Por la mañana y por la noche, todos los días que tu cuerpo necesite que lo haga —digo, soltando un rugido ronco.

—¿Y cómo sabes que mi cuerpo lo necesita?

—Porque siento el olor. Tu cuerpo me transmite los aromas que necesito saber —ella vuelve la mirada hacia mí y dibuja una sonrisa.

—Me gustó. Me gustó la sensación —confiesa, haciéndome sentir orgulloso.

—Vamos despacio, hasta que pueda tenerte de la manera que imagino —me acerco y coloco mi cuerpo sobre el suyo, pasando la mano por su rostro.

—Y yo quiero ser tuya, Aron —dice con voz cargada, y no puedo contener el rugido dentro de mí.

Tomo su boca en un beso, robo su lengua, haciéndola sentir el sabor que tiene en mi boca, y trago cada gemido que ella suelta.

—Ahora aliméntate. Necesitas fuerzas —me aparto, sintiendo mi cuerpo arder.

Tomo el trozo de madera y lo coloco sobre la cama. Me quedo allí, admirándola comer, mientras aún tengo su delicioso sabor en mi boca.

CAPÍTULO 16



Aurora

—Tengo miedo. Voy a caer, Aron. —Confieso, aferrándome a su cuello, al borde del abismo.

—¿Prefieres que me convierta em dragón y te cargue em mi espalda? Sería más rápido.

—Creo que aún no estoy lista para volar sobre tu espalda. —Digo, y él se ríe.

—Entonces, agárrate.

Aprieto mis brazos alrededor de su cuello em el momento em que realiza um vuelo rasante. Siento el viento sobre mi cuerpo y grito, sin poder controlar la emoción dentro de mí, pero pronto escucho el batir de sus alas y outra risa ronca, mientras acaricia mis espaldas com sus garras.

—Abre los ojos. —Pide com calma.

Los abro y veo el cielo a mi alrededor. Sonrío, maravillada com los colores que tiñen el cielo del amanecer.

—Qué hermoso. —Suspiro.

—Sabía que te gustaría.

Miro el horizonte frente a nosotros, sintiendo el viento golpear mi rostro, mientras la luz del amanecer toca mi piel. Después de

largos días em la cueva, esta es la primera vez que salgo de allí.

Desde que me entregué a Aron, él se há mostrado aún más preocupado y cuidadoso conmigo. Todas las mañanas y al anochecer, me toca de manera íntima. Al principio sentía vergüenza, pero ahora ya no.

Él dice que mi cuerpo lo pide, que mi olor lo delata, y aunque no entiendo mucho, me gusta la agradable sensación que queda después. Hicimos el amor otras veces —él dice aparearse—, pero aprendí que se llama amor. Igual que las otras veces: yo de espaldas a él, primero um miembro y luego el outro, alternando. La primera vez que me lo contó, me asusté y sentí curiosidad. Ahora ya no me asusto, solo la curiosidad permanece. Me gusta sentirlo, me gusta la sensación de calor que me transmite. Sin embargo, me gustaría ver cómo es, pero aún no me lo há permitido.

He notado que Aron todavía es receloso em esta parte. Tiene todo um cuidado, pero siempre dice estar ansioso por poder tenerme como él quiere. Uma vez pregunté, pero cambió de tema. Dijo que lo descubriría cuando fuera el momento, y que ahora era el momento de que solo él cuidara de mí.

—¿Está lejos? —Pregunto, sin quitar los ojos del paisaje frente a nosotros.

El invierno ya comienza a aparecer, dejando los picos de los árboles blancos. Pocos animales aún salen, y por eso nos alimentamos más de peces. Increíblemente, no siento frío. De hecho, siempre siento uma llama dentro de mí desde que Aron consumó nuestra unión. Él me dijo que es su fuego, que tiene um vínculo mágico conmigo. No me quema em ningún momento, pero me mantiene siempre caliente.

A veces me pregunto cómo será nuestro futuro —y quizá, si algún día tendremos hijos. Sé lo que um hombre y uma mujer hacen para tener hijos, y es exactamente lo que hacemos. Y los espíritus me contaron la maldición: si tengo um hijo varón, será como Aron.

Um hombre y um dragón.

—No. Es aquí.

Él desciende em um rasante, com las alas pegadas al cuerpo, mientras me aprieta firme entre sus brazos. No grito. No esta vez. Pero, em cuanto disminuye la velocidad, apoyando firmemente sus pies em el suelo cubierto de nieve, salto de su regazo com el corazón acelerado.

—No hacía falta descender así. —Digo, mirándolo, y él dibuja uma sonrisa. Últimamente sonríe más.

—Perdería la gracia. Ahora vem, vamos a quedarnos em silencio. Huelo um conejo. —Dice, sosteniendo mi mano.

—Vaya, hace tanto que no tomo sopa de conejo. Com este frío sería muy buena. —Digo, recordando el sabor.

—Nunca he comido sopa. Em realidad, solo como carne, como viste. —Confiesa.

Ya me he acostumbrado a su forma de alimentarse. Antes sentía miedo, asco —y no miento que lo comparaba com um animal devorando a outro. Pero, com el paso de los días y cuanto más nos acercábamos, todo eso quedó de lado. Además, Aron también há comido más despacio, usando las garras para cortar la carne em porciones más pequeñas, facilitando la masticación y evitando que su rostro quede todo manchado de sangre.

—Voy a pedirle a Talrok que me ayude a hacer uma olla de piedra y arcilla, y a Bloomia que busque hierbas. Así yo preparo para nosotros, em la cena. —Digo animada.

—Primero tengo que atrapar a los conejos. Solo uno no será suficiente.

Me alejo, quedándome cerca de um árbol. Y no muy lejos, veo a Aron agacharse como um gato —la diferencia es que eleva las alas em um ángulo de 90°. Su cola está sobre el hielo, y se queda como uma estatua, inmóvil, parece ni respirar. Hasta que salta, y veo um conejo blanco atrapado entre sus garras.

—El primero. —Se acerca a mí y me entrega la presa.

—Eres rápido. —Respondo, guardando el animal ya sin vida em la bolsa que hice com algunas prendas pequeñas.

—Soy um depredador, Aurora. —Sonríe, mostrando sus dientes blancos.

Me pongo de puntillas y beso sus labios.

—El mejor.



La mañana fue muy productiva. Cazamos cinco conejos y, em cuanto llegamos a casa —mejor, a la cueva, aunque ya la considere mi hogar—, Aron se encargó de limpiarlos, mientras Talrok me ayudaba com la olla de piedra y barro. Aproveché para preparar dos platos hondos, y Bloomia hizo crecer algunas hierbas entre los árboles frutales.

Ni siquiera cuando vivía em el castillo me sentía así: uma felicidad tan grande dentro de mí que desborda. Al principio fue difícil, pero ahora veo la belleza em cada rincón de este lugar.

—El olor es bueno. —Aron dice cerca de mí, aspirando com las narinas y esbozando uma sonrisa—. Yo… recuerdo este olor.

Coloco el plato hondo de piedra dentro de la olla, tomo um poco de la sopa y se la entrego. Es la primera vez que cocino, y me siento bien al poder hacer esto.

—Prueba, pero tem cuidado, está caliente. —Digo, pero él se lo toma de um sorbo, engullendo la sopa hirviendo.

—Deliciosa, quiero más. —Me entrega el plato, y lo miro fijamente.

—¡La sopa estaba hirviendo!

—El fuego sale de mi garganta, Aurora. No es uma comida caliente la que me va a quemar. —Dice, haciéndome reír.

—Cierto, olvidé. Pero come despacio, así sentirás el sabor de cada hierba.

Tomo más sopa y se la entrego. Hago lo mismo para mí, llenando mi plato. Me siento em el suelo y él a mi lado. Mientras soplo la sopa, me observa com curiosidad, siguiendo cada movimiento que hago.

—Hace mucho tiempo que no como algo así. —Mira el plato.

—¿Cuántos años tienes? —Pregunto, dando um sorbo a la sopa.

—He perdido la cuenta de los años, pero tengo tres siglos. —Sonríe, aunque com uma sonrisa triste.

—¿Has estado solo todo este tiempo? ¿No tuviste a ninguna outra…? —Dejo de hablar al ver su mirada fija em mí.

—No, nunca tuve a nadie, Aurora. Solo mi compañera puede soportar mi fuego, y um dragón tiene solo uma compañera para toda su vida. Estoy aquí desde los trece años. Lo que aprendí, fue solo, com lo que los espíritus me enseñaron o observando a los humanos y animales desde lejos.

—¿Y la ropa?

—Cuando era joven, todavía quería cubrirme como antes. Así que robaba algunas prendas que los aldeanos dejaban em el tendedero. O tomaba alguna cuando alguien iba a nadar a los lagos. Hasta que uma vez me vieron y me llamaron monstruo. Fue entonces cuando entendí que no era uno de ellos y nunca sería aceptado.

—No eres um monstruo. —Paso mi mano por su rostro, y él hace esse sonido que me gusta.

—Sí lo soy. Pero me gusta ser como soy. He visto a los humanos tanto tiempo y no me veo como ellos. Hoy, me gusta ser quien soy.

—¿No piensas romper la maldición algún día?

—Sabía que los espíritus te lo habían contado. —Bajo la mirada, avergonzada. Aún no había dicho que sabía de su pasado.— No, no pienso volver a ser humano. Me acepto como el monstruo que soy.

—Ya dije: no eres um monstruo. —Repito. Al principio incluso pensaba eso de él, pero hoy, com todo lo que hemos vivido, me doy cuenta de que no lo es.

—Tampoco soy humano.

—Cierto, no lo eres. Pero eres ambos —y me gustas así. — Confieso, mirándolo a los ojos.

—¿De verdad te gusto? —Desvío la mirada a mi plato, tomando la sopa, avergonzada.

—Sí, me gustas. —Respondo, y él sonríe.

—A mí también me gustas. No por haberte marcado, sino por la persona que eres. Me gusta tu compañía. Me gusta más allá del apareamiento. —No puedo contener la risa.

—Esa es la parte que más me gusta. —Lo miro de nuevo.— Hacer el amor.

Por um tiempo, nos quedamos mirándonos, hasta que volvemos a comer, mientras siento el fuego dentro de mí estremecerse, porque sé lo que haremos después.

CAPÍTULO 17



Aron

Dejo a Aurora durmiendo y me dirijo al castillo de Parteam. Estos días a su lado me han hecho ver que mi venganza ya no tiene sentido. La sed de justicia que uma vez me consumió parece ahora nada más que cenizas de um fuego extinguido hace mucho tiempo. Y siento algo por ella —lo suficientemente fuerte como para olvidar el pasado de nuestra sangre y seguir adelante.

Em mi forma humanoide, sobrevuelvo el castillo. El dragón es más rápido, pero así soy más silencioso. Observo todo. Por el olor, encuentro su antigua habitación. Aterricé em el pequeño balcón, abro la puerta y entro, viendo al rey de Parteam sentado em la cama, mientras las lámparas iluminan el lugar com sus llamas que bailan em el aire, como si siguieran uma melodía lenta.

El rey se vuelve y me mira. Luego se levanta, y veo em sus manos la caja de música que Aurora me había descrito. Es justamente por ella que he venido.

—¿Qué hace aquí, dragón? —pregunta com voz baja, como um suspiro doloroso.

—He venido a buscar la caja de música que tiene em sus manos. —Digo firme, y él mira el objeto.

—Mi hija… —murmura—. ¿Mi hija está viva? —pregunta, receloso.

—¿Y por qué cree que estaría muerta? —me acerco lentamente.

—La llevó casi sin vida. Hace semanas… y no tuve noticias.

Levanto la cabeza mientras golpeo el suelo com la cola, haciendo que el sonido resuene por las paredes. Llevo las manos detrás del cuerpo, adoptando uma postura que me vuelve aún más imponente.

—Dije que la llevaría para que fuera mi mujer, mi compañera. Y eso es exactamente lo que está siendo. Está viva y cumpliendo com sus deberes. —Digo, mirándolo directamente a los ojos.

—Eres um monstruo. ¿Cómo puedes obligar a mi hija a esto? —acusa, com voz baja y dolida.

—Ya no necesita sufrir por ella. A Aurora le gusta mi cama. Le gusta lo que hago. Le gusta aparearse conmigo. —Respondo, y él niega com la cabeza.

—¡Blasfemia! Mi hija nunca se rebajaría a eso. —Me mira com odio—. La estás manteniendo hechizada. Te estás aprovechando de ella.

—No pensaste nada de eso cuando aceptaste el acuerdo. Cuando aceptaste tener las tierras para alimentar al pueblo que casi llevaste a la muerte com tu propia codicia.

Sus ojos me miran de uma manera extraña. Por um instante, percibo um leve cambio de azul a dorado… y de vuelta al azul. Fue demasiado rápido. Me pregunto si vi bien. Al mismo tiempo, siento um olor inusual —um aroma que no puedo identificar, pero que emanaba de él.

—¿Amas a mi hija? ¿Te has enamorado de Aurora? —pregunta, y mi corazón late rápido, desviándome de los pensamientos confusos que invaden mi mente.

—Tal vez. —Respondo sin mostrar emoción.

—¿Y ella? ¿Se há enamorado de ti? —Su voz lleva uma curiosidad distinta a la de antes.

—Tal vez. —Él esboza uma sonrisa, y su expresión cambia. Ahora transmite… felicidad.

—Me alegra. Ahora estoy más tranquilo. Saber que ustedes sienten algo el uno por el outro… me conforta.

No entiendo el brusco cambio de comportamiento, y decido no preguntar nada más. No tengo, ni quiero, ninguna relación com el rey. Es como um puente que prefiero no cruzar. Aurora es mi mundo, mi todo. Solo ella.

—La caja. —Pido, y él la entrega—. Espero no volver a verte, así como espero que mantengas tu palabra de nunca venir a mi cueva de nuevo.

Me doy la vuelta y salgo, batiendo mis alas, regresando a mi cueva —y a mi compañera. Ansioso por ver su rostro cuando le entregue su regalo.



Tan pronto llego a la cueva, el sol comienza a salir.

Voy directo a nuestra habitación, viéndola em la cama, durmiendo tranquilamente. Verla así calienta mi corazón más que mi fuego. Dejo la cajita em el suelo y, como si fuera um ritual nuestro —todas las mañanas, desde que comenzó su celo, y ahora lo mantengo porque a ambos nos gusta— comienzo a pasar mi cola sobre su ropa, levantándola para chupar su vulva. Sin embargo, Aurora gira em la cama, quedándose sentada y mirándome com los ojos atentos.

—¿No me quieres hoy? —pregunto, um poco decepcionado.

—Quiero algo diferente. —Confiesa. Mi cola golpea el suelo, impaciente.

—¿Qué quieres?

—Quiero ver, tocar. No tengo miedo, Aron. Déjame tocarte, así como tú me tocas. —Pide com decisión.

Bajo los pantalones que llevo, revelando mis dos penes, ya hinchados por ella. Aurora suspira al ver que están cubiertos de tonos rojos, las venas prominentes a los lados parecen fuego, uno sobre el outro. Ambos son grandes y gruesos, pero el de arriba es algunos centímetros más grande. Siempre termino com él, porque siento mi pene rozar su útero, y la sensación cuando estoy acoplado a ella com él es mucho más placentera.

—Sentía lo grandes que son —susurra, sosteniendo el más grande. —Están calientes, parecen prender fuego.

—Arden como brasas, pero no te queman —digo entre dientes, sintiendo su mano masajear.

Es la primera vez que alguien me toca así, y sentir su mano alrededor de mi pene, mientras se calienta, me excita mucho. Aurora comienza a mover la mano alrededor, como si yo estuviera dentro de ella, subiendo y bajando de uma manera deliciosa. Entonces, sostiene el outro y lo lleva a la boca. Sus labios húmedos me llevan a la locura em esse momento, haciendo que um sonido grave salga del fondo de mi garganta.

Es uma sensación increíble.

Siento los labios de Aurora chupando mi pene, lamiendo, tragando, mientras la outra mano sigue moviendo el de arriba. Apoyo mi mano em su cabello rubio y comienzo a embestir contra su boca, como si estuviera copulando com ella.

Mi cola entra em su ropa y toca su vulva. Ella suspira cuando la introduzco, moviéndola lentamente, dejándola húmeda.

—Aron —gime bajo, abriendo los ojos y mirándome.

No puedo decirle nada, la sensación dentro de mí es demasiado buena. Ella comienza a chupar el pene de arriba, ahora apretando fuerte el de abajo, y yo aumento el ritmo com que mi cola

la toca, abriendo y cerrando la punta. Estábamos em um frenesí sexual demasiado placentero.

Ella suelta mi pene y aprieta el outro com fuerza, cuando um gemido alto y satisfactorio sale de sus labios, empapando mi cola em su líquido. No puedo contener el placer que me invade y me derramo sobre su cuerpo, mis penes latiendo y vertiendo su líquido blanco como leche sobre su ropa — ambos a la vez — haciendo que mi placer sea el doble.

—Acuéstate, Aurora —pido, y ella niega.

—No.

—¿Qué? —pregunto y la veo quitarse la ropa, quedando desnuda para mí.

—Quiero sentarme em tu regazo, Aron. Quiero hacer el amor mirándote a los ojos.

Um rugido rasposo sale del fondo de mi garganta, y sabía que era el Dragón loco por tenerla como yo. Sin esperar más, me siento em nuestra cama, com la espalda apoyada em la pared de la cueva. Mi garganta estaba seca, ansioso por Aurora. Era algo nuevo, y la deseaba, ella se acerca, se levanta y, com cuidado, se sienta sobre mi segundo pene, mientras se arrodilla sobre las pieles de cordero.

—Hurrr —el sonido sale ronco de dentro de mí, sintiendo cómo su vulva desciende lentamente por mi longitud, hasta que se sienta por completo y gime conmigo.

Mirándome a los ojos, ella sostiene el outro pene, apretando la base firmemente. Sostengo su cintura y la llevo hacia adelante y hacia atrás, casi rugiendo com la sensación de su vulva aprisionándome.

No puedo resistirme a ver sus pechos frente a mí, y chupo el pezón, luego abro la boca y lo devoro casi por completo. Esa posición es deliciosa, pero quiero uma cosa más.

Com cuidado, froto mi cola em su ano. Ella se contonea em mi regazo, apretando el outro pene. Lentamente, introduzco mi cola.

Ella me mira fijamente a los ojos, deteniéndose y prestando atención a mis movimientos.

—Aron —me llama com voz ronca.

—Quiero que seas mía por completo, Aurora. Quiero acoplarme contigo totalmente —confieso mi deseo.

Ella echa la cabeza hacia atrás y me permite entrar um poco más com mi cola em su ano. Siento mi cuerpo em erupción mientras masajeo el lugar que pronto voy a penetrar. Aurora vuelve a moverse, ahora um poco más rápido, y yo regreso a chupar su pecho. Mi cola golpea su ano, ella se mueve sobre mi pene, aprieta el outro com la mano, y yo chupo su pecho mientras acaricio sus espaldas com mis garras.

—Aurora —el rugido sale de dentro de mí, sintiendo todas esas sensaciones em mi cuerpo.

Ya no podía más, estaba loco, desbordando por ella. Com las manos em su cintura, la levanto, sacando mi pene todo cubierto de su vulva. Com mi cola, lo llevo a su ano. Com uma mano, encajo el outro pene em su vulva. La penetro lentamente, mirando su rostro com atención, dejando que mis dos penes la llenen.

Ella suspira y gime cuando su cuerpo recibe todo mi tamaño, sentándose em mi regazo, siendo atravesada por mis penes que laten dentro de ella.

Tomo su boca em um beso caliente, chupando su lengua, mordiendo su labio. Comienzo a mover su cuerpo hacia arriba y hacia abajo, haciendo que salte lentamente em mi regazo, para acostumbrarse a la doble penetración que latía dentro de ella.

Comienzo el movimiento lento, pero no tarda em aumentar el ritmo. Aprieto su pecho, enredo mi cola em su cintura y me pierdo em el tiempo, sintiéndola tragar parte de mí.

—¡ARON! —oigo su grito de placer, y el aroma que su cuerpo emite es increíble.

Me levanto y giro sobre la cama, quedando encima. No dejo de invadir su interior. Abro mis alas, y ella sostiene las puntas, pasando la mano por mi coraza, haciéndome estremecer. Elevo su cuerpo com mi cola, apoyándola sobre mis rodillas. Entro fuerte, perdido em el placer que sentimos, y me derramo dentro de ella, sintiendo um alivio maravilloso recorrer mi cuerpo, liberando mis dos penes juntos, llenándola com mi placer.

La mantengo allí, sosteniendo su cuerpo sobre mí, mientras estoy pegado, erecto y vibrando dentro de ella. Siento outra onda de placer salir de su cuerpo, empapándome hasta que el líquido se desborda. Mi sonrisa no cabe em mi rostro, mirándola com los ojos brillando de satisfacción.

Espero unos minutos y salgo de ella. Me inclino y comienzo a chupar su vulva, lamiendo, limpiando y cuidando lo que es mío. Aurora abre más las piernas y se relaja em mi boca, permitiéndome disfrutar de sus pliegues como quiero. Cuando noto que está limpia, me levanto, tomo la caja de música y se la entrego.

—La busqué para ti —digo, acercando su cuerpo a mi regazo.

—Mi cajita —sonríe, abre y gira uma manivela, haciendo que la música resuene. —¿Fuiste hasta el reino solo para traerla?

—Sí —respondo, com uma chispa bailando dentro de mí.

—¿Y cómo está mi padre? —suspiro.

—Bien. Le dije que estás viva y que estamos bien.

—¿Algún día podré volver a verlo? —pregunta, causándome um ligero malestar.

—Tal vez. No hablemos de eso ahora. Vamos a descansar —pido, y ella asiente em silencio.

CAPÍTULO 18



Días después...

Aron

Todavía me sentía incómodo com la idea de llevar a Aurora a ver a su padre em el reino de Parteam. Pero, después de entregarle la cajita de música, me di cuenta de cuánto le hacía falta esse contacto com su familia.

Ella no me volvió a pedir que fuéramos a visitarlo, pero era evidente em su rostro, cuando escuchaba la melodía de la cajita musical, que la tristeza crecía em su pecho.

Viví años em la montaña, teniendo como compañía solo a los espíritus y los recuerdos de mis padres. Um pasado que, com el tiempo, casi fue olvidado. Sería egoísmo querer que ella olvidara a todos a su alrededor, especialmente a su padre.

Pensé mucho, y después de escuchar varios sermones y consejos de Talrok, Vharl y Bloomia, llegué a la conclusión de que no puedo quedarme rumiando todo lo que sucedió entre nuestros antepasados. Han pasado siglos, y quizás realmente haya llegado el momento de ponerle fin a eso.

Los brazos de Aurora aprietan mi cuello com firmeza mientras desciendo em picada, deteniéndome frente a la puerta de entrada. No puedo evitar la sonrisa em mis labios al ver lo nuevo que está: la

madera reforzada, el aroma a cedro fresco que se desprende de los cortes.

Abro completamente mis alas antes de cerrarlas, mostrando a los soldados que me observan atentos que no tengo intención de matar a ninguno de ellos. Por ahora.

—Odete. —Aurora dice, saliendo de mis brazos, acercándose a uma señora de mediana edad que viene hacia ella com uma sonrisa em el rostro y lágrimas visibles em los ojos.

—Está viva. Es um milagro. —Acaricia el rostro de Aurora mientras habla, dándome la certeza de que pensaban que estaba muerta.

—Odete, este es Su Majestad Aron. El Dragón. —Miro a Aurora unos segundos. Hace muchos siglos que nadie me llama así, que nadie se refiere a mí como um monarca. Solo como Dragón.

Em esse momento, la sirvienta se percata de mi presencia. Estaba tan distraída mirando a Aurora que mi imagen no se había formado em su mente. De manera abrupta, abraza a Aurora, como si quisiera protegerla de mí. Su rostro expresa asombro, pero Aurora sonríe —uma sonrisa sincera dirigida hacia mí—, sosteniendo mi mano.

—No tienes por qué tener miedo. Él no es cruel como piensan.

—No contigo, Aurora. —Respondo mirándola a los ojos, y ella muerde los labios, manteniendo la sonrisa. —Solo contigo. —Repito, girando el rostro hacia la sirvienta, que aprieta el vestido com las puntas de los dedos temblorosos.

—Odete, ¿mi padre está em el reino? Vine a visitarlo. —Aurora pregunta; la ansiedad baila em sus palabras, y su corazón late tan fuerte que puedo escucharlo perfectamente.

—Sí, lo está. Pero, Su Majestad, su padre no se encuentra muy bien estos días. Creo que puede estar enfermo.

—¡Enfermo! —Coloco mi mano sobre la espalda de Aurora, acariciándola mientras habla apresurada al enterarse de la salud de su padre.

—Sí. Al principio pensé que era um resfriado, pero ahora está abatido. Tal vez, al verte, mejore. Y como llegaron a la hora del almuerzo, voy a pedir que pongan los platos em la mesa. Se alegrará de verte.

Aurora asiente, animada. Yo, em cambio, no respondo. Comer a la mesa com el rey de Parteam no estaba em mis planes. Em realidad, mi idea era solo uma visita rápida y luego volver. Por más que Aurora haya cocinado algunos alimentos y que, com el tiempo, vaya mejorando cada vez más em preparaciones y sabores… comer com el rey, com esos cubiertos, puede ser pedir demasiado para mí.



Camino despacio por el salón, y mis garras hacen eco sobre el mármol. Esta vez observo el castillo por dentro: grandes columnas pintadas en tono crema, cuadros del reino colgados en una pared, cerca de una armadura de soldado vacía. Candelabros con velas cuelgan de cadenas, iluminando el ambiente, además de las ventanas de madera abiertas.

Atravieso un portal ovalado esculpido y llego al Gran Salón, que se extiende majestuoso, con sus paredes de piedra adornadas con tapices que cuentan historias de batallas y triunfos antiguos. Pensar en eso enciende mi fuego, pues probablemente uno de esos tapices relata cómo el reino de Parteam acabó con el mío.

El techo alto está sostenido por vigas robustas, y la luz del día se filtra por las altas ventanas de colores, proyectando un mosaico sobre el suelo de piedra, dándome un atisbo del pasado, cuando solo era un niño corriendo alrededor de la mesa del comedor, mientras mi familia conversaba.

Cierro los ojos y respiro hondo. Debo dejar eso atrás. Es necesario.

Al final del salón hay una mesa larga e imponente, de madera de pino, por el aroma que percibo. Y allí está él, el rey, sentado solitariamente en su trono ornamentado, esperando el almuerzo. Su mirada está distante, parece pensativo mientras golpea con un dedo sobre la mesa. Su rostro está pálido y su olor es penetrante. Extraño ese aroma, pues no es el mismo que percibí la primera vez que lo vi, mucho menos cuando fui a buscar a Aurora. Debe ser por la enfermedad, pero hay una serenidad en su postura que impone respeto. Los empleados se mueven silenciosos a su alrededor, cada uno atento a su deber, preparando la mesa con una precisión casi ceremonial.

—¡Padre! —Aurora habla un poco alto, su voz resuena, y enseguida el rey levanta la mirada, viéndonos.

—Hija, qué sorpresa. —Dice, abriendo una leve sonrisa.

Aurora se separa de mí, caminando rápidamente hacia el rey, quien se levanta despacio para abrazarla.

—Te extrañaba, padre. —Dice apenas sus brazos la acomodan en un abrazo.

—Yo también. —Responde y me mira. Sus ojos se fijan en los míos unos segundos, antes de que escuche un largo suspiro salir de su boca.

—¿Está enfermo? Odete me dijo que estaba abatido, tuvo gripe. —Su voz refleja preocupación.

—No te preocupes por este cuerpo viejo. Todo es un ciclo, Aurora, y quizás haya llegado el momento de renovación. —Frunzo el ceño ante esa respuesta.

—¿Renovar, padre? ¿Cómo es eso?

—Solo creo que tal vez mi cuerpo esté preparado para la siguiente fase. —El rey la suelta y mantiene la mirada fija en mí. —Siéntate, Dragón. Vamos a disfrutar la comida.

—No intentes envenenarme, rey. Esos venenos humanos no funcionan conmigo. —Respondo, tirando de la segunda silla, pues sé que Aurora se sentará junto a su padre, y no quiero alejarme de ella.

En cuanto me siento, siento incomodidad. Mis alas son grandes para el asiento. Me muevo un poco hasta encontrar una buena posición. Pronto, los empleados comienzan a servir la comida. Aurora sonríe animada, mirando a su padre con cariño mientras él cuenta sobre los acontecimientos del reino.

El plato frente a mí contiene un pequeño trozo de carne, cosas verdes en bolitas cuyo nombre desconozco, una papilla que parece haber sido masticada por otro. Miro a Aurora, que come sin quejarse, así que decido intentar.

Tomo los cubiertos y no logro sostenerlos bien. Intento otra vez, y el cuchillo cae de mi mano. Son pequeños y difíciles de manejar.

—Te ayudo. —Aurora se acerca a mí.

Toma mi mano, mostrándome la forma correcta de sujetar aquel cubierto. No me gusta, pero lo hago.

—Veo que se llevan bien… —Pregunta el rey, llevando la comida a su boca.

—Sí, padre. —Responde Aurora.

—Durante siglos estuviste solo en esa montaña, Dragón. ¿Qué cambió? —Su voz refleja cierta curiosidad.

—Una deuda que hizo el rey. —Respondo con sarcasmo, y él encoge la sonrisa. —Aurora, creo que es mejor que nos vayamos ahora.

—Acabamos de llegar. —Sus ojos me atraviesan.

—Entonces quédate hasta el final del almuerzo. No me pidas que me quede. No puedo, no todavía. —Digo, levantándome.

—¿A dónde vas?

—Estaré en el cielo. Cuando quieras partir, solo llámame. Pero no tardes. —Tomo su mano, depositando un beso.

Vuelvo a mirar al rey, que sonríe, una sonrisa extraña, en realidad. Me doy vuelta y salgo del Gran Salón. Estar a su lado sería pedir demasiado de mí.

CAPÍTULO 19



Aurora

Veo a Aron salir contrariado, y eso me entristece. No insistí em visitar a mi padre porque sabía lo que sucedía em el corazón de él. Pero confieso que me sentí feliz cuando Aron dijo que me traería.

Por outro lado, sé lo difícil que debe ser para él. Sé que fue um gran esfuerzo venir hasta el castillo y sentarse a la mesa com mi padre. Aron está intentando dejar el pasado —la historia de nuestros antepasados— atrás, y eso alegra mi corazón.

—Siéntate, Aurora. Vamos a conversar, hija. —Pide mi padre, y así lo hago.

—Disculpe, padre. Creo que almorzar fue um acto demasiado precipitado.

—No te preocupes por eso. Ahora dime, ¿cómo te trata él? ¿Tiene algún secreto, algún punto débil?

Respiro hondo, girándome hacia mi padre, que tiene uma sonrisa em el rostro, aunque su piel pálida lo hace parecer extraño.

—Él me trata bien. Es um buen compañero. —Confieso.

—¿Compañero? ¿Entonces él realmente te hizo su compañera?

—Sí, pero yo también lo quiero, padre. Me gusta la persona que es.

—¡ÉL ES UM DRAGÓN Y NO PUEDES QUERERLO! —Grita, golpeando la mesa y asustándome.

—Papá, usted nunca me habló así. —Mi voz sale como um susurro, por el susto.

Durante toda mi vida, mi padre nunca levantó la voz contra mí. Siempre me trató com amor y cariño.

—Perdón, hija, pero nunca imaginé que te gustaría um monstruo como él.

—Aron no es um monstruo, padre. Es um buen hombre. Y um buen… dragón. —Replico, um poco herida.

—Aron… entonces esse es su nombre. —Papá dice sonriendo, llevándose a la boca um tenedor de puré de calabaza, divagando.

—Sí, padre. Por favor, no lo trate mal. Ahora él es como si fuera mi marido ante las leyes. Me há marcado y me há convertido em su compañera. Com el tiempo, espero que ustedes dos se lleven bien. —Pido.

—Está bien, hija. Pero solo estoy sorprendido de que te haya marcado, de que haya hecho de ti su compañera, habiendo pasado años em aquella montaña. —Las palabras de mi padre me hacen recordar que me escondió el destino que me esperaba, que yo era uma pieza de negociación.

—Padre, ¿por qué no me contó que había negociado las tierras del lado sur a cambio de mí? ¿Realmente era um sacrificio para el reino?

—Debemos tomar decisiones, hija. Em su momento, yo tomé la mía. Y tal vez… tal vez me arrepentí. —Veo su mirada distante. —Me equivoqué al hacer eso, y tuve que esperar años hasta el momento adecuado. Hasta que él… —Papá deja de hablar y me mira com uma sonrisa. —Dejemos eso de lado. Las cosas no fueron como

pensé. Y ahora… —Toca mi rostro com cariño. —Puedo tener uma segunda oportunidad.

Sonrío, colocando mi mano sobre la suya.

—Sí, padre. Quiero mucho que usted y Aron se lleven bien, que se vuelvan amigos.

—Ah, hija… fuiste mi mejor elección. —Dice y empieza a toser. —Voy a acostarme. Mi cuerpo está débil. Debo buscar nuevas fuerzas para mantenerme fuerte.

—Vendré otras veces, padre. Tan pronto como Aron lo permita, volveré.

—No tengas prisa. Todo a su tiempo.

Papá se levanta y se va. Espero a Odete, pero tarda. La sombra de Aron aparece em la ventana, y sé que mi dragón está impaciente. Entonces decido irme. Feliz por haber hablado com mi padre, triste por que esté enfermo, pero, aun así, sintiendo el corazón más reconfortado.

CAPÍTULO 20



Aurora

El sonido de mi cajita de música resuena por las paredes de piedra de la cueva. Aron observa en silencio mientras muestro a los espíritus de la montaña los pasos de baile que solía dar en vals.

—¿Entendieron? —pregunto.

—Necesitas pareja, así sola es difícil imaginar el baile, princesa. —dice Talrok, y todos miramos a Aron.

—No sé bailar. —La respuesta llega rápida.

—Te enseño. —Extiendo mi mano hacia él. —Ven.

Él niega con una sonrisa, luego se levanta y se acerca a mí. Tomo su mano y la coloco en mi cintura, mientras la otra la sostengo entre mis dedos.

—Solo acompáñame.

—Lo intentaré.

Bloomia gira la manivela y mi cajita vuelve a sonar. Guío a Aron por el salón de piedra, girando y bailando, sintiendo cómo una gran alegría crece en mi pecho cada vez más. Sus ojos fijos en mí, su respiración ligera y caliente rozando mi rostro me hacen sonreír con las cosquillas que siento. Puedo ver en él mucho más que el

dragón y el hombre; puedo ver a mi Aron, que cada día entra más en mi corazón, haciéndome enamorarme aún más.

—¿Qué sonrisa es esa? —pregunta, dándose cuenta.

—No es nada.

—Dímelo.

—Bailas bien. —Miento, pues no me siento preparada para contar lo que estoy sintiendo.

—Tú también. —Su mano pasa con cuidado por mi rostro, apartando mi cabello de la cara.

Me pierdo en su mirada, tan hermosa y tranquila, nada parecida a la que vi la primera vez.

—¿Duele cuando te transformas? —pregunto, dejando que mi curiosidad hable más alto.

—¿Cuando dejé de ser humano?

—No, cuando dejas salir al dragón. —Él esboza una sonrisa.

—No. ¿Quieres verlo? Quiere mucho estar cerca de ti otra vez.

—Sí, quiero.

—Pero con una condición: tendrás que volar con nosotros esta noche. Las estrellas están hermosas.

—Está bien, acepto. —Mi voz suena un poco temerosa.

Volar con Aron todavía me da miedo, pero volar en el dragón me aterra, incluso antes de que suceda.

Se aleja unos pasos, se quita los pantalones que ocultaban su desnudez y sonríe hacia mí, haciéndome sentir vergüenza por mirar su cuerpo con tanta ansiedad. Aún no había presenciado su transformación de cerca. La única vez que lo vi convertirse en dragón fue cuando caía del acantilado, pero estaba demasiado lejos para ver los detalles. Y lo vi volver a ser humano el día que se lastimó, pero eso sucedió mientras dormía.

Mis ojos se fijan en la mancha roja que comienza a aparecer en su pecho, como brasas encendidas. Las escamas en su brazo y

abdomen parecen una llama viva, envolviéndolo. Las alas crecen y puedo escuchar el crujido de sus huesos. Para mí, eso parecía doloroso, pero él solo me miraba y sonreía. Su cola golpea el suelo con fuerza, creciendo aún más, al igual que su altura, que empieza a aumentar. Las escamas se extienden por el resto de su cuerpo, envolviéndose en humo, como cuando se arroja un poco de agua sobre el fuego encendido.

Pasan unos segundos hasta que el dragón imponente aparece en todo su esplendor, apoyado en sus cuatro patas y mirándome a los ojos.

—¡Hola! —digo despacio, con un poco de recelo, claro. Por más que ya lo haya visto, por más que sepa que es Aron, aún siento un leve miedo.

El dragón se acerca a mí y, despacio, toca su hocico en mi abdomen. Sonrío con ese contacto y paso mi mano por su mandíbula. Él se inclina, indicándome que debo montar sobre él, como yo había dicho.

—Ve despacio, ¿de acuerdo? —pido.

Sin quitar mi mano de sus escamas, sintiendo su textura despacio, como para tomar valor, voy hacia su largo cuello —allí era el único lugar donde podía sentarme. Me apoyo en su pata delantera, subo y me siento. Sintiendo la adrenalina correr en mi sangre, agarro sus cuernos, y el dragón se levanta. El dragón no es inmenso como he oído que eran los otros. Le pregunté a Aron una vez, y me dijo que, por estar maldito, no alcanzaba el tamaño de los demás dragones. Aun así, es enorme. Creo que, en forma humanoide, Aron mide poco más de dos metros; ya en forma animal, desde la punta de la cola hasta el hocico, unos quince metros.

Cierro los ojos cuando empieza a andar, pero cuando siento el salto y el batir de sus alas, no puedo contener el grito que sale de mi garganta. Sí, estaba muriendo de miedo en ese momento. Pronto, solo se escucha el sonido de las alas batiendo. Tomada por el valor, abro los ojos y veo el cielo estrellado sobre mi cabeza.

—Qué hermoso. —Digo, y escucho un ronroneo de satisfacción del dragón.

El cielo parece un manto estrellado lleno de puntos de luz. Hay nubes en lo alto, que atravesamos. Estiro mi mano como si pudiera tocarlas. Y entonces, sin previo aviso, Aron se transforma en el cielo, tomándome en su regazo antes de que caiga.

—Es hermoso el cielo nocturno, ¿verdad, Aurora?

—Sí, lo es.

Coloco mis brazos en su cuello, y él los míos en su cintura, pasando su garra con cuidado por mi espalda. No necesita hablar para que sepa lo que quiere —y yo también quiero. Beso su boca lentamente, con cariño, muerdo cuando siento el primer miembro colocado en mi intimidad. Ya no uso ropa interior, y como la túnica queda por encima de mis rodillas, es fácil levantar la tela y acomodarlo en mí.

—¿No vamos a caer? —susurro.

—No. En realidad, estaba ansioso por saber cómo era tenerte más allá de las nubes.

Él saca el miembro de mi intimidad, colocándolo en mi trasero. Aron solo quería mi humedad para entrar más fácilmente. Después de que lo hicimos así por primera vez, no paró más.

Con cuidado, coloca el segundo, llenándome con todo su ser. Me aferro fuerte a su cuello, mientras su cola envuelve mi cintura. Sus alas no dejan de batir para mantenernos en el cielo nocturno, volando cerca de las estrellas. Sus garras me rascan, y siento el primer sacudón de su cola en mi cuerpo.

Busco su boca. Con cada movimiento profundo y fuerte que hace, la túnica que llevo se deshace con cada rasguño de sus garras, hasta salir completamente de mi cuerpo, volando por el cielo, dejándome desnuda, como él.

Aron cierra las alas, dejándonos caer en caída libre, mientras chupa mi lengua para que no grite de susto. Pero pronto sus alas se

abren, golpeando mi interior con sus miembros duros, haciéndome gritar de placer, y él gime por la sensación de penetración abrupta que produce la caída. Echo la cabeza hacia atrás, y él aprovecha para buscar mi pecho, lamiendo el pezón antes de succionar.

—Aron, estás tan caliente, tan delicioso. —Digo extasiada, sintiendo sus miembros calentarse dentro de mí.

—Sabía que sería así de bueno. Lo sabíamos. —Dice, soltando mi pezón —y sé que habla de él y del dragón.

Con ambas manos en mis caderas, él dirige los movimientos, mientras bate las alas subiendo más alto, y pronto las cierra de nuevo, haciendo ese movimiento que me lleva al delirio.

—Humm… —Es el único sonido que sale de mi boca ahora.

Busco su boca, cuando el calor dentro de mí alcanza su límite, y me libero con tanta fuerza que mi interior lo aprieta casi dolorosamente. Esto hace que él se libere y se aferre a mí, acoplándose y vibrando, dejando mi cuerpo en llamas, mientras siento mi útero calentarse de una forma nueva —una forma que nunca había sentido.

—Aron, vamos a volar más veces así. —Pido, recostando la cabeza en su pecho, mientras espero que sus miembros me suelten.

—Todas las noches que quieras, lo quiero. —Ríe al final de la frase.



CAPÍTULO 21



Aurora

Siento una mano pasar con cuidado por mi rostro. Continúo fingiendo dormir, porque sé que a Aron le gusta despertarme con su manera especial. Hasta que siento labios en mi boca —y no eran los labios cálidos de Aron, como pensé que serían, sino fríos como la muerte. Abro los ojos, asustada, y veo a un hombre —un príncipe— frente a mí. Sonríe, una sonrisa amplia, mostrando satisfacción al verme.

—Princesa Aurora, he venido a salvarte —dice, bajando ligeramente la cabeza.

—¿Quién eres tú? ¿Y quién dijo que necesito ser salvada? —Me levanto, irritada, limpiándome la boca con el dorso de las manos.

—Soy el príncipe Edgar, y me he enterado de que el dragón te mantenía en cautiverio. Lo mataré y llevaré a vuestra majestad a casa a salvo. —Su voz es calmada, como una melodía que entra en mis oídos, como si quisiera penetrar en mi mente. Sin embargo, cuando menciona matar a Aron, siento un escalofrío que me devuelve a la realidad.

—¡No! —digo rápido, asustada. ¿Matar a Aron? Eso no.

—No te preocupes, princesa, estás segura. —Amenaza con acercarse hacia mí, con la sonrisa abierta, mirando directamente a

mis ojos.

—No estaba en peligro, y creo que es mejor que te vayas. A Aron no le agradará tu presencia aquí —advierto de manera ruda.

—Fuiste hechizada por él. —Intenta tocar mi cabello, pero me aparto, golpeando su mano con el dorso de la mía.

—No. Ahora vete —ordeno. Mi voz sale tan fría como el agua de la laguna, antes de que Aron la calentara para que pudiera entrar.

—Entonces ven conmigo. —Extiende la mano.

—¿Todavía no lo entiendes? No iré. Mi lugar es aquí, con él.

—Lo siento, princesa, pero vine aquí para llevarte.

Habla con una sonrisa en el rostro y, antes de que pueda decir algo o reaccionar, desenfunda la espada, golpeando el cabo de madera en medio de mi frente, dejándolo todo oscuro de inmediato, con la fuerza del impacto.



Siento un dolor punzante en la cabeza al abrir los ojos. Paso la mano por la zona y la punzada se intensifica, haciéndome gemir al tocarme. Me levanto y veo que estoy en una habitación con solo una cama vieja, en la que estaba acostada, y un espejo apoyado en la pared, cubierto de polvo. Las paredes de piedra forman un círculo; dos antorchas iluminan el lugar, lo que me hace pensar que estoy en una torre.

Camino con cuidado hasta el balcón, encontrándome con el vasto bosque cubierto de nieve frente a mí. Estoy en el castillo de mi padre, atrapada en una de las torres más altas. Miro a mi alrededor y no veo nada. Tal vez pueda salir de aquí, porque mi padre no me encerraría en este lugar. Bueno, eso espero. Y si lo hizo, sería para atraer a Aron y matarlo. No puedo permitir que eso ocurra.

Amo amenazar con bajar por las piedras, pero veo que la torre está cubierta de enredaderas con espinas, mostrando que hace tiempo nadie cuida de ella.

—Ah, no… —suspiro con fuerza al rasguñar mi pierna.

—Ni lo intentes, princesa. Morirás antes de tocar el suelo. —Escucho la voz del príncipe y me giro, viéndolo de pie junto a la puerta de madera, que se cierra tan pronto como entra.

—Déjame salir. Aron vendrá tras mí —digo con rabia, avanzando hacia él.

—Eso es justo lo que quiero. —Sonríe.

—¿Vas a matarlo? —mi voz sale baja y temerosa.

—No. Él es el último de la antigua estirpe. Y tiene el mismo rostro que Edgar —dice, y no entiendo nada.

—Tú eres Edgar.

—No. Solo te dije el nombre que vino a mi mente, princesa.

En ese momento, un humo verdoso cubre su cuerpo, transformándolo en una mujer de aspecto anciano: cabello blanco, nariz larga y fina, ojos amarillos y una amplia sonrisa, faltándole algunos dientes. Justo detrás de ella, cae al suelo el cuerpo del príncipe, marchito como si no tuviera ni una gota de agua —como si hubiera sido completamente drenado, quedando solo la cáscara en la que habitaba esa mujer.

—Hasta fue divertido. —Se gira hacia el cuerpo en el suelo y lo patea con la punta del pie—. Lástima que ahora huelo a magia… más fuerte. —Inhala aire—. Pronto el olor disminuirá.

—¿Quién eres? —mi pregunta sale baja, todavía sin comprender lo que acaba de suceder ante mí.

—Me llamo Diana. Soy una bruja. Quizás hayas oído hablar de mí —su voz fina resuena en la habitación.

—No sé quién eres. —Respondo, recelosa, mirando del cuerpo en el suelo hacia ella.

—Pobre princesa… Fui yo quien puso la maldición sobre la familia de tu amado Dragón. También amé a uno de sus antepasados, pero no fui correspondida. —Su mirada recorre mi cuerpo mientras esboza una fina sonrisa de desdén.

—Pero eso no es posible. Tendrías que tener… siglos. —Digo, asombrada por la revelación.

—Y los tengo. Como ves, no soy joven. Renuevo mi cuerpo siempre que es necesario. Me alimento del cuerpo de aquellos en los que habito, y así vivo más tiempo —dice, y un escalofrío recorre mis venas.

—¿Te alimentas de la vida de otros? —mi pregunta sale en un susurro.

Ella camina hacia mí y empieza a rodearme, como un animal listo para devorar a su presa —y yo me siento así.

—Sabes, princesa, el cuerpo tiene un tiempo de vida determinado. Y cuando empieza a envejecer y pierde utilidad, lo cambio. Mi alma entra en otra persona, asumiendo su forma, mientras su alma queda atrapada allí abajo… viendo y sintiendo todo lo que hago. —Sonríe, una sonrisa maléfica, intentando tocar mi cabello, pero me alejo—. Soy eterna, princesa. Siempre en busca de renovación. Mientras tenga alimento y una nueva cáscara para habitar, no puedo morir. Pues muere la cáscara en mi lugar.

—¿Y qué tengo yo que ver con esto? —pregunto, cortante.

—Esta noche es la Noche de la Luna Dorada. Sucede cada tres siglos, o más. Y en esta noche, puedo deshacer el hechizo que lancé. Aron podrá volver a ser humano —dice con una sonrisa, y por un momento me alegro, pero luego cambio de opinión.

—¿Pretendes convertirlo en humano? ¿Quitar la maldición?

—Sí. Así, finalmente podré quedarme con él. Como siempre quise: quedarme con mi Edgar —confiesa, haciéndome enojar.

—Él nunca estará contigo.

—Claro que sí. Porque estaré en su cuerpo, princesa. Yo seré tú, y él no sospechará nada.

Me asusto y doy un paso atrás, alejándome de ella.

—Tú pretendes… —no termino la frase, y ella se ríe.

—Déjame contarte algo, princesa. Sabía que él se acercaría a ti. Eres tan amable, dulce, perfecta… como fuiste criada para ser. Pero no sabía que él te amaría tan rápido. Cuando tuve la certeza de que él te amaba, y que no estabas muerta en esa cueva, decidí que había llegado el momento.

—¿Cómo sabes que él me ama? —mi corazón se acelera al oír eso.

—Si no te amara, no habría ido al castillo a buscar esa cajita de música —dice, y me quedo asombrada. ¿Cómo sabía eso?—. No necesitas pensarlo mucho, te lo diré. Lo sé porque, en realidad, tu querido padre, el rey, ya murió hace mucho tiempo —al igual que su amada. He vivido en el castillo de Parteam como una sombra, alimentándome de cada energía vital allí durante años. Pero, cuando tu madre falleció, percibí la oportunidad perfecta. Tú ibas a servir a mi propósito en el momento adecuado.

—Entonces, mi padre… las historias que me contaba, las cosas que él… —no puedo hablar, sintiendo el dolor y la pena en mi pecho al saber que mi padre ya no estaba a mi lado desde hacía tanto tiempo, y que esta bruja había usado su cuerpo como receptáculo.

—Todo fue por mí. Siento arruinar tu alegría. Pero el rey murió el día que hizo el acuerdo con el Dragón. Cuando escuché tus lamentos en la noche, como susurros en la oscuridad, supe que era el momento adecuado. Tendría a una princesa para llevar a cabo mi plan. Tenías que crecer, amada, con el corazón lleno de bondad. Así, el fuego del Dragón te aceptaría. Y así lo hice. —Pasa la mano por su cuerpo y empieza a reír—. Vivir dentro del cuerpo de tu padre me dio mucha energía durante años… igual que lo hará con la tuya.

Aprieto mis manos, temblando de rabia.

—No. No entrarás en mi cuerpo —digo, furiosa.

—Pobrecita…

La bruja habla y se convierte en humo. Miro a mi alrededor, buscándola, y no encuentro nada. Hasta que siento mis propias manos pasar por mis curvas, como si algo me estuviera arrastrando hacia dentro de mí. Y en ese momento, percibo que ya no estoy sola en mi cuerpo.

CAPÍTULO 22



Aron

Tan pronto como aterrizo sobre las piedras, siento el hedor de la magia negra alrededor de mi hogar. Me acerco con pasos cuidadosos, observando atentamente a mi alrededor, buscando a Aurora. Pero, al adentrarme, no encuentro a mi compañera en ninguna parte.

—Aurora. —La llamo, respirando hondo, siguiendo su aroma. —Aurora.

—Ella no está aquí. —Me giro y veo a Bloomia.

—¿Dónde está? —Pregunto, irritado. Salí solo unos minutos a traer algo fresco que nos alimentaría.

—No lo sabemos, no logramos identificarla. Pero era un príncipe, o al menos parecía serlo. Algo nos repulsó, no pudimos mantenernos cerca de ella. —Se pronuncia Vharl.

—Magia negra. De sangre. —Dice Bloomia, y mi cuerpo se estremece.

—La iré a buscar. No importa quién sea, ella es mi compañera. —La amenaza sale cargada de ira.

—Solo ten cuidado y sigue tus instintos, Aron. Nunca fallan. —Dice Talrok, y asiento.

Salgo y, tan pronto me lanzo al aire, me transformo en el dragón imponente y majestuoso que soy. La forma más animal que poseo, la forma completa.

Mi cuerpo se adapta, volviéndose mucho más grande que el humanoide, y sí, me convierto en dragón: fuerte y veloz. Mis alas baten poderosas, llevándome lejos, mientras mis narinas buscan el olor de Aurora, el aroma que está marcado en mi interior.

Cierro los ojos y dejo que me guíen, atravesando las nubes y el rayo de sol que empieza a salir. El bosque va cambiando de forma, la nieve blanca cubre todo. Veo el castillo del rey de Parteam, y la rabia se intensifica: él vino a buscarla, pese a las advertencias.

El olor de Aurora se mezcla con el hedor de magia negra, haciéndome precavido sobre quién puede tener ese olor. Pero en el fondo de mi mente, recuerdo haber percibido un aroma parecido, aunque débil. No tarda en aparecer la torre donde ella está. Una torre cubierta de enredaderas con espinas. Bajo en picada y me transformo en mi forma humanoide antes de poner los pies en el suelo del balcón. Mi cola retumba, impaciente, mientras mis ojos buscan a Aurora.

En el suelo veo un cuerpo humano. Seco, vacío, como si lo hubieran drenado, quedando solo la piel y los huesos. En la cama, veo a Aurora recostada, con las manos sobre el pecho. Me acerco rápido, pero con cautela, pues el olor a magia es más fuerte.

Por estar maldito, puedo percibir con claridad estos tipos de aromas, y mis amigos, los espíritus de la montaña, me ayudaron y enseñaron a identificar los distintos olores de magia.

—Aurora. —La llamo, pasando la mano con cuidado por su rostro, y abre los ojos, con una sonrisa en los labios.

—Viniste. —Dice, llevando los brazos a mi cuello y atrayéndome a un beso.

Permito su beso, pero pronto me separo, sintiendo nuevamente el olor.

—¿Qué pasó? —Me pregunta, con el rostro lleno de confusión.

—Hueles a magia. ¿Quién hizo esto contigo? ¿Quién te sacó de la cueva?

—No lo sé. Me desperté aquí, contigo, ahora. —Dice.

—Aurora, ¿quién es él? ¿Qué pasó aquí? —Pregunto, señalando el cuerpo en el suelo, y ella se levanta.

—¿Por qué tantas preguntas? Estoy aquí, mi amor. —Intenta tocarme, pero sostengo su mano.

—Tú no eres Aurora. ¿Quién eres? Revela tu forma. —Exijo.

Ella sonríe con un gesto amargo mientras niega lentamente con la cabeza y se aleja, caminando hacia un espejo en la pared, donde contempla su reflejo.

—No pensé que engañar a un dragón sería tan difícil. Tal vez porque naciste de mi magia, y la he usado con más frecuencia estos días. La magia fresca tiene olor. La antigua, con el tiempo, desaparece en el aire. —Gira su rostro y me encara.

—¿Tú? ¿Eres tú la bruja de la maldición? —No puedo creer que, después de tantos años, te encuentre.

—Tienes el mismo rostro que Edgar. El príncipe del que me enamoré. Pero fui reemplazada por una princesa sin gracia. —Habla con rabia.

—¿Dónde está Aurora?

—Aurora, Aurora… Qué molesto esto. Estoy aquí, en su cuerpo. Ella está dentro de mí. Olvida a tu princesa y quédate conmigo. Seremos felices juntos, como debería haber sido con Edgar. —Confiesa.

—No. Quiero a Aurora. ¡No a ti!

—Olvida, ella ya se ha ido. Ahora es parte de mí. Y puedo devolverte a tu forma humana. Puedo quitar la maldición.

—No quiero ser humano. Me gusta ser quien soy.

—Entonces, está bien.

—¡Sal de su cuerpo! ¡Es una orden, bruja! —Mi voz se carga de ira.

—No iremos por ese camino, Aron. Esperé siglos por este día. Por la luna correcta y porque te enamoraras de alguien. Ahora que lo logré, no voy a dejarlo. Quédate conmigo, ámame, toma mi cuerpo y hazme tu compañera.

—Tú no eres ella y nunca serás mi compañera. —Digo, y su rostro cambia mostrando rabia.

—¡INFIERNO! ¿Es tan difícil amarme?

—¿Cómo voy a amar a alguien que maldijo a toda mi familia, que conspiró y diezmó a todos los de mi linaje? Que intenta negociar con el cuerpo de la mujer que amo? Pudiste tomar otro camino. Dejar vivir a mi antepasado y seguir tu vida, encontrar otro amor. Pero preferiste ver su sufrimiento y, al notar que había logrado continuar, y que nuestra línea seguiría pese a la maldición, trajiste la guerra.

—Ninguno de ustedes me amó jamás, no importaba cuánto lo intentara. Por eso sembré el odio en los corazones de todos. Por eso, a cada esposa elegida, les hacía odiarlos. Sí… tal vez deba terminarlo. Terminar con todos de esta maldita línea y seguir adelante. —Dice con una sonrisa, y entiendo que todo el sufrimiento y miedo de mis antepasados, todo el odio y terror que transmitían al pueblo, era su magia. Su culpa.

—¡Devuelve a Aurora!

—No. Este cuerpo ahora es mío.

Dice, sonriendo, y lanza una onda de energía hacia mí. Pero desvío, viendo cómo golpea la pared de piedra y la reduce a polvo. Extraigo el fuego de dentro de mí y soplo sobre ella, incendiando su cuerpo… el cuerpo de Aurora.

—¡Vas a matarla! —Grita la bruja, desesperada, intentando apagar las llamas que la envuelven.

—Mi fuego no quema a Aurora, ni su cuerpo. Pero eso no significa que no seas quemada tú.

La bruja empieza a gritar, girando en su lugar. El fuego crece, consume su cuerpo y su cabello. Siento el olor de carne asada, pero amargo, casi podrida. Entonces, un humo verde sale del cuerpo de Aurora y se transforma en una anciana, con la ropa completamente quemada, la piel viva, el cabello en humo, y una mirada mortal hacia mí. Su cuerpo viejo y decrépito era consumido por dentro por Aurora.

Me giro hacia mi compañera, que cae al suelo envuelta en mis llamas, que protegen su cuerpo. Amenazo ir hacia ella, pero una fuerza maligna me golpea, arrojándome lejos, atravesando la pared y cayendo de la torre al suelo, donde varios soldados me rodean.

Me levanto, sacudiendo la cabeza, sin heridas por la caída, solo sintiendo la magia negra recorrer mi cuerpo.

—Mi guerra no es con ustedes. —Digo al grupo de soldados en posición de ataque.

—Mátenlo. —Escucho la voz de la bruja desde la torre. Miro hacia ella y veo su sonrisa sardónica mientras se sostiene de la baranda.

—No necesitan hacer eso. Ella no es su reina. —Repito a los soldados, no quería matar inocentes.

—Lo sabemos, dragón. —Sonríe el general al final de la frase.

—¡Larga vida a nuestra reina! —Grita uno, con la espada alzada.

Los soldados avanzan con sed de sangre reflejada en sus ojos. No están hechizados, no hay olor de magia: saben exactamente lo que hacen, y con eso, mi ira aumenta. Cómplices de la bruja. Todos son cómplices.

Desvío un golpe, pasando mi garra por el cuello de un soldado y decapitando su cabeza. Otros se acercan, y soplo mi

fuego, quemándolos hasta reducirlos a polvo. Siento un corte en mi cola y lanzo al soldado que me hirió lejos.

Son muchos, y en mi forma humanoide no podría con ellos.

—¡Ahora verán el verdadero poder de un dragón! —Mi voz es un trueno que reverbera por las columnas del castillo y el bosque, haciendo caer la nieve de los árboles.

Con un rugido potente, me transformo en dragón, con mis escamas reluciendo a la luz del sol helado. Mis patas golpean con fuerza, levantando el hielo y dejando todo blanco. Pero pronto libero mi fuego, envolviendo a todos en rojo y amarillo. Los gritos resuenan a mi alrededor. No tienen la menor oportunidad contra el dragón. Contra mí. Contra nosotros.

CAPÍTULO 23



Aurora

Mi cabeza está pesada, mis ojos se niegan a abrirse, pero me esfuerzo por despertar. Escucho ruidos lejanos, como de una guerra, y de pronto un rugido que me despierta por completo. Era Aron.

Recuerdo todo y, de un salto, me levanto. Miro mi cuerpo y siento el fuego recorrer mis venas, como si intentara calentar algo dentro de mí. En el espejo, veo reflejadas las llamas entre mi cabello.

Vuelvo mi mirada al balcón, donde la bruja observa algo justo debajo de nosotros. Me acerco, y ella se gira sonriendo, con la piel quemada, mostrando la carne viva además de la sangre que mancha su ropa, y gran parte del cabello ausente.

—¿Viniste a ver la muerte de tu dragón, princesa? —pregunta, cínica.

—Él no morirá, bruja.

—Sí morirá. Después de que mis soldados lo cansen, daré el golpe final. Todo habría sido diferente si él me hubiera aceptado, pero no lo hizo, ni siquiera cuando le ofrecí curar la maldición. No quiso. Y ya que es así, mejor acabar con toda esta raza de una vez. —Siento el placer mezclado con rabia por el rechazo en su voz.

—No permitiré que mates a mi Aron —amenazo, sintiendo una fuerza dentro de mí que ni yo misma conozco.

—Ni siquiera puedes defenderte a ti misma, patética. Los humanos son seres patéticos.

Lanza una bola negra de magia hacia mí y, por instinto, levanto los brazos. Con ese movimiento, el fuego de mi cabello desciende a mis brazos, bloqueando el contacto de la magia. Aun así, retrocedo unos pasos, temerosa de lo que acaba de ocurrir.

—¡Imposible! ¿Su fuego la está protegiendo? —indaga.

—Su fuego no me quema —digo, con la cabeza erguida.

—Pero ahora te protege. ¿Sabes por qué, princesa? Porque llevas un hijo suyo en tu vientre —dice, y me quedo sorprendida. —¿Y lo más interesante? Tu cuerpo me lo ocultó cuando yo estaba dentro de ti. Tu cuerpo me engañó. Pero está bien, mataré a todos.

Sin tiempo para procesar la sorpresa dentro de mí, la bruja ataca de nuevo, ahora con una energía aún mayor, cubriendo todo su cuerpo con una sombra negra y lanzándola sobre mí. Desvío, lanzando llamas y cayendo de rodillas al suelo.

—Matarte será fácil. Así como fue matar uno a uno a tu linaje. Así como fue ver a tu madre morir consumida en la cama, con lo que yo había puesto en su mente. Y como fue matar a tu padre mientras me alimentaba de él todos estos años. Tú y tu dragón se volverán nada, su linaje terminará. Y yo gobernaré este reino, siendo la bruja más poderosa de todas.

Aprieto mi vestido contra el suelo y me levanto, recogiendo toda la fuerza dentro de mí. Ella había sido la culpable de todo mi dolor… y de todo el dolor de Aron.

—Pagarás por lo que hiciste —amenazo, sintiendo tanta rabia dentro de mi pecho que parece desbordarse.

Los ojos de la bruja se abren de par en par, y al mirar mi vestido, lo veo en llamas vivas, mi cabello volando como fuego. Ella conjura algo que no logro escuchar del todo, pero veo alas negras,

como de cuervos, surgir de su espalda, y entiendo que va a saltar. Va a escapar.

Corro hacia ella y, cuando salta de la torre, me aferro a sus alas, haciéndolas arder y desaparecer. La bruja intenta alejarse de mí, forcejeando en desesperación; sus gritos lastiman mis oídos. Pero me mantengo firme, sujetándola contra mi cuerpo mientras caemos de la torre.

—¡Suéltame! ¿No ves que morirás al tocar el suelo, princesa estúpida? —grita entre gritos.

—Pero antes, te tostaré. No dejaré nada para que entres en otra persona —vocifero.

La aprieto con más fuerza y siento que el fuego crece, como si ganara fuerza mientras aumenta mi ira. La piel de la bruja comienza a desprenderse, convirtiéndose en cenizas que el viento se lleva.

—Maldita. Maldita niña… debiste esperar otra hija —praguea, mientras se retuerce.

Miro a Aron, luchando en forma de dragón mientras caemos, y sonrío. Puedo morir, pero moriré sabiendo que él estará libre de esa bruja que causó todo el mal.

—Realmente, tal vez debiste —digo, y esbozo una sonrisa.

En ese momento, los ojos de Aron encuentran los míos y veo su desesperación. En un picado, vuela hacia mí, quemando a los soldados que aún intentan herirlo, dejando un rastro de fuego y cenizas.

Miro a la bruja y suelto su cuerpo, dejando que una bola de fuego la envuelva, saliendo de mí y envolviéndola en llamas mientras escucho sus gritos de desesperación.

Abro los brazos, ahora con una sonrisa, siendo atrapada por las garras de Aron, que me sostienen firme mientras se aleja de la torre. Sus alas baten poderosas, y mi corazón siente una calma

inmensa. Posa conmigo a los pies de la torre, apoyando su hocico en mi vientre. Lo acaricio y escucho su rugido cariñoso.

—"Pensé que te iba a perder." —escucho dentro de mi cabeza.

—¿Qué?

—"Los dragones no hablan, pero usan telepatía, Aurora. No te asustes." —Suspiro aliviada.

Aron mira la bola de fuego en el suelo.

—La maté tostada. Se lo merecía.

—"Los soldados." —escucho decir, y me giro, viendo el rastro de muerte.

—Eligieron el bando equivocado. Se lo merecían. Pero ahora construiremos un nuevo reino. Juntos —digo, y él deja su forma de dragón, volviendo a ser mi Aron.

—¿Construir un reino… juntos? —pregunta, incrédulo.

—Sí. Descubrí que la bruja vivía en el cuerpo de mi padre desde que hizo el acuerdo contigo aquel día. Pero lo mató, alimentándose de su energía vital. Así que yo soy la reina de Parteam, y tú serás mi rey.

—La gente no aceptará a un monstruo como yo como su rey, Aurora. Mejor seguimos en la montaña.

—No eres un monstruo, Aron. Ya te lo dije. Fuiste maldito.

—No soy ni hombre ni dragón.

—Lo sé. ¿Y si elegimos un nombre para tu raza?

—Soy el último. No hay raza, Aurora. No tengo linaje.

—Pero habrá, en cuanto nazca nuestro hijo —digo, llevando la mano al vientre.

—¿Estás embarazada? —pregunta con una sonrisa, y respira como intentando percibir un olor. —Sí lo estás. Y es un niño. ¡Tendremos un hijo, Aurora! —Me quedo incrédula unos segundos, por cómo descubre el sexo del bebé solo por el olor. Pero sonrío,

negando con los labios, pues él es un dragón y todavía tengo mucho que descubrir sobre él… y sobre nuestro hijo.

—Lo descubrí por el fuego. Estaba fuerte y parecía salir de mí, protegiéndome.

Aron me abraza, levantando mi cuerpo y besándome la boca.

—Siempre protegemos a nuestras hembras. Te amo, Aurora.

—Yo también te amo, Aron. Mi Caelignis.

—¿Caelignis?

—Sí. Caeli, cielo, e ignis, fuego. Cielo y fuego eres tú —digo.

—Me gusta. Mi raza, mi linaje, desde hoy se llamará Caelignis.

EPÍLOGO



Tener um rey como dragón fue algo que el pueblo no quiso aceptar al principio. Pero, al descubrir que, durante años, Parteam había sido gobernada por uma bruja maligna que llevó a parte del reino a la muerte por hambre y a outra parte a la ruina por la codicia de los soldados, dejando al pueblo em desesperación, su opinión cambió. El dragón, antes temido, ahora era visto como um salvador, portador de uma nueva esperanza.

Aron entregó las tierras bajo la montaña para que el pueblo pudiera cuidarlas y sobrevivir a la pobreza em la que vivían. Y, aunque invisibles, los espíritus de la montaña observaban, susurrando antiguos encantamientos que hacían florecer las cosechas, trayendo uma abundancia que el reino no había visto em generaciones.

Com el paso de los años, la miseria que uma vez azotó Parteam desapareció, reemplazada por uma era de prosperidad — fruto del esfuerzo de todos.

La boda de Aurora y Aron fue uma celebración de amor puro y verdadero, tan sencilla como magnífica. Bajo el crepúsculo dorado que bañaba la montaña de Asper, el mismo lugar donde comenzó su viaje, intercambiaron votos eternos. Poco tiempo después, llegó al mundo su primer hijo, fuerte y saludable; su llanto fue acompañado por el canto de los espíritus, que lo bendecían, dándole la bienvenida al nuevo mundo —y a la nueva línea de sangre que brotaba como

flores em la primera primavera. El primer Caelignis nacido después de tantos siglos.

Pero no tardó em llegar um hermano más, y luego outro, trayendo aún más alegría —no solo al rey y a la reina, sino al pueblo, que estaba agradecido por la benevolencia del rey dragón y sus enseñanzas.

Aron, com el corazón desbordante de felicidad, sintió al dragón dentro de él reposar em paz, compartiendo uma alegría que hacía mucho tiempo no sentía. Aurora —su reina, su compañera, la madre de sus hijos— era el sol de sus días.

Y así, entre risas y lágrimas de alegría, vivieron…

Felices para siempre.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco, en primer lugar, a Dios por traerme hasta aquí.

Agradezco a ti, lector, que te aventuraste conmigo y te invito a conocer los demás libros de la serie Emberon, así como mis otros libros.

Gracias por todo y no olvides dejar tu valoración.